¿Qué es ser de izquierdas (hoy)?

CARLOS TAIBO

—

Ante el colapso

Por la autogestión y por el apoyo mutuo

« ¿Qué izquierda es ésa que percibe el capitalismo como el aire que tenemos que respirar, que ignora a las generaciones venideras, que acata los cimientos de la sociedad patriarcal, que se desentiende del expolio de los países del Sur y que olvida los derechos de los animales? »

CATARATA

¿Qué es ser de izquierdas (hoy)**?**

CARLOS TAIBO

—

Ante el colapso

Por la autogestión y por el apoyo mutuo

« ¿Qué izquierda es ésa que percibe el capitalismo como el aire que tenemos que respirar, que ignora a las generaciones venideras, que acata los cimientos de la sociedad patriarcal, que se desentiende del expolio de los países del Sur y que olvida los derechos de los animales? »

CATARATA

CARLOS TAIBO

ES AUTOR DE UN PUÑADO DE LIBROS QUE SE INTERESAN POR EL VIGOR CONTEMPORÁNEO DE LA PROPUESTA LIBERTARIA. ENTRE ELLOS SE CUENTAN: REPENSAR LA ANARQUÍA (LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2013), LIBERTARI@S. ANTOLOGÍA DE ANARQUISTAS Y AFINES PARA USO DE LAS GENERACIONES VENIDERAS, Y DE LAS QUE NO LO SON TANTO (LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2017), LOS OLVIDADOS DE LOS OLVIDADOS. UN SIGLO Y MEDIO DE ANARQUISMO EN ESPAÑA (LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018) Y ANARQUISTAS DE ULTRAMAR. ANARQUISMO, INDIGENISMO, DESCOLONIZACIÓN (LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018).

Carlos Taibo

Ante el colapso

POR LA AUTOGESTIÓN Y POR EL APOYO MUTUO

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© CARLOS TAIBO, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

www.catarata.org

ANTE EL COLAPSO.

POR LA AUTOGESTIÓN Y POR EL APOYO MUTUO

ISBNE: 978-84-9097-672-2

ISBN: 978-84-9097-656-2

DEPÓSITO LEGAL: M-9.744-2019

IBIC: JPFB

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

creative commons

ESTA LICENCIA PERMITE COPIAR, DISTRIBUIR, EXHIBIR E INTERPRETAR ESTE TEXTO, SIEMPRE Y CUANDO SE CUMPLAN LAS SIGUIENTES CONDICIONES:

AUTORÍA-ATRIBUCIÓN: SE DEBERÁ RESPETAR LA AUTORÍA DEL TEXTO. SIEMPRE HABRÁ DE CONSTAR EL NOMBRE DEL AUTOR.

NO COMERCIAL: NO SE PUEDE UTILIZAR ESTE TRABAJO CON FINES COMERCIALES.

NO DERIVADOS: NO SE PUEDE ALTERAR, TRANSFORMAR, MODIFICAR O RECONSTRUIR ESTE TEXTO.

LOS TÉRMINOS DE ESTA LICENCIA DEBERÁN CONSTAR DE UNA MANERA CLARA PARA CUALQUIER USO O DISTRIBUCIÓN DEL TEXTO. ESTAS CONDICIONES SOLO SE PODRÁN ALTERAR CON EL PERMISO EXPRESO DEL AUTOR. ESTE LIBRO TIENE UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS ATTRIBUTION-NODERIVS-NONCOMMERCIAL. PARA CONSULTAR LAS CONDICIONES DE ESTA LICENCIA SE PUEDE VISITAR: HTTP://CREATIVECOMMONS.ORG/LICENSES/BY-ND-NC/1.0/ O ENVIAR UNA CARTA.

PRÓLOGO

Como quiera que este libro tiene que ser, por fuerza, breve, ahorraré cualquier sesuda discusión sobre los límites, y sobre la idoneidad, del término “izquierda”. Me limitaré a señalar que el término en cuestión arrastra demasiados equívocos como para concluir que aporta un significado impoluto y universalmente aceptado. Creo, aun con ello, que bien puede servir, con las correcciones y matizaciones que se quieran, para retratar la posición de quienes desean construir una sociedad justa, libre e igualitaria, y quieren hacerlo, por añadidura, desde tres horizontes. El primero de esos horizontes es la rebelión con respecto a las estructuras de poder —político, económico, de género, ideológico…— que nos atenazan. El segundo lo aporta la voluntad de preservar un amplio margen de libertad individual. El tercero, en suma, llega de la mano del propósito de construir formas de organización de carácter colectivo no marcadas por la coacción y respetuosas con el medio natural y con los derechos de las demás especies con las que supuestamente compartimos el planeta. Que la definición que acabo de adelantar cabe dentro de lo que comúnmente se entiende por “izquierda” es tan evidente como lo es el hecho de que hay otras muchas maneras de entender esta última que escapan a los límites que esa misma definición determina.

Si así se quiere, la “izquierda” que voy a defender en estas páginas presenta un primer carácter que no debe escapársenos: ha sido manifiestamente proscrita desde muchas décadas atrás. Hablo de la que bebe por igual de lo que entenderé que es el “anarquismo europeo”, de las varias corrientes que se vinculan con la

“autonomía” y de un sinfín de prácticas asumidas por numerosos pueblos que desde tiempo inmemorial, y en los cinco continentes, han abrazado espontáneamente la causa de la autogestión, la democracia y la acción directas, el federalismo y el apoyo mutuo. Además de revelarse de la mano de los pueblos indígenas que acabo de mencionar, semejante versión fue hegemónica en el pasado en los movimientos obreros y campesinos de muchos países en Europa, en América y en Asia. Hoy pervive al calor de numerosos movimientos sociales y sindicales que postulan proyectos autónomos con respecto a las instituciones y los poderes económicos, y que tanto se relacionan con organizaciones identitariamente anarquistas como con redes en las que se dan cita unas u otras versiones del sindicalismo alternativo, el feminismo, el ecologismo, el pacifismo, el decrecimiento, el antidesarrollismo, la reivindicación de los derechos de los animales o la solidaridad internacionalista. Como quiera que la búsqueda, a menudo espontánea, de la autogestión, de la democracia directa o del apoyo mutuo se barrunta por todas partes, y que no sólo está proscrita, sino que se halla las más de las veces reprimida, el hilo conductor que da sentido a este texto no apunta tanto a recuperar la memoria correspondiente como a recordar la actualidad presente, y la virtualidad futura, de esa apuesta. Esa tarea parece tanto más honrosa cuanto que el grueso de los medios de incomunicación al uso ha porfiado en la estrategia del silencio, de la simplificación, de la manipulación y, con frecuencia, de la franca demonización.

El silencio invocado guarda una estrecha relación con los que nacen de una distinción sobre la que volveré en esta obra: la que invita a separar las disputas que se refieren al régimen que se nos impone de aquellas que se interesan por el sistema que está por detrás de ese régimen. Las primeras, que a duras penas se asoman a estas páginas, encuentran eco innegable en los medios de incomunicación antes mentados. Pienso en las que se refieren, por ejemplo, a los efectos del bipartidismo, a las consecuencias de determinados sistemas electorales, a las secuelas de una

corrupción rampante o a los efluvios que surgen de la trifulca que rodea, en determinados escenarios, a la monarquía y a la república. Las segundas remiten, en cambio, a materias más sensibles rara vez frecuentadas por las integrantes de esa genuina plaga contemporánea, las tertulias televisivas y radiofónicas, que se padece en tantos lugares: el capitalismo, el trabajo asalariado, la mercancía, la explotación, la alienación, la represión, los intereses de las grandes corporaciones, la sociedad patriarcal, las guerras imperiales, la crisis ecológica o el colapso que acaso se avecina. El resultado no es otro —y vuelvo al mundo de las tertulias políticas— que un pluralismo de circuito cerrado. Tras beber de una ilusión óptica como la que ve la luz al amparo del hecho de que las participantes a menudo se enfrentan agriamente entre sí, ese falso pluralismo consigue ocultar eficientemente que son muchas las materias olvidadas al calor de una estrategia de interesada manipulación.

Si el grueso de los conceptos que se manejan en esta modestísima obra pretende rescatar propuestas y disputas que se refieren ante todo a la condición del sistema, y no a la del régimen, habrá que admitir que, sobre esa única premisa, no es fácil establecer cuál es el terreno de juego preciso en el que me voy a mover. Me atreveré a adelantar, con todo, que una vieja categoría, la que distingue entre el mundo de lo material y el de lo posmaterial, apenas sirve para apuntalar este texto. Por decirlo de otro modo, bien sé que en una primera lectura pudiera parecer que me intereso preferentemente por muchos elementos posmateriales, esto es, aquellos que habrían visto la luz una vez razonablemente satisfechas, en el Norte opulento, las demandas en lo que hace a la satisfacción de eso que de manera equívoca se llama “necesidades básicas”. Creo firmemente, sin embargo, que fenómenos como el retorno a muchas de las condiciones laborales de antaño y la conciencia de la proximidad de un colapso general del sistema nos devuelven, y de manera muy dura, a un universo, el de lo material, que parecía definitivamente clausurado en las sociedades opulentas

aunque con frecuencia olvidemos que permanecía incólume en los países del Sur.

En ese terreno de juego queda poco espacio, por lo demás, para discusiones que, por muchos conceptos interesantes, escapan, sin embargo, a lo que busco en este texto y, también, y por cierto, a mis conocimientos. En estas páginas poco o nada de interés se encontrará en relación con materias candentes como las que se interesan por las minorías o por las identidades, cuestiones que a buen seguro tratarán con mayor conocimiento y criterio otros de los textos de esta serie. Soy, aun así, plenamente consciente de que, y por rescatar un ejemplo, cuando Marx coloca en el centro de su proyecto al proletariado, y empleo palabras de Ramón Grosfoguel, "no problematiza el hecho de que ese sujeto sea europeo, masculino, heterosexual, blanco, judeocristiano, etc. El proletariado de Marx es un sujeto en conflicto en el interior de Europa; lo que no le permite pensar fuera de los límites eurocéntricos del pensamiento occidental". Tampoco habrá de buscarse en este texto, por recuperar otro ejemplo clarificador, ninguna sesuda consideración sobre eso que se ha dado en llamar "populismo", a menudo concretado en un sambenito que se emplea con profusión para denigrar lo que no gusta o lo que compite en exceso, sin que a las usuarias del término les falten los problemas a la hora de explicar su significado. De siempre he pensado, por lo demás, que los partidos tradicionales son en esencia populistas…

Permítaseme que concluya estas palabras preliminares con la mención de varias circunstancias que se revelan en estas páginas o que, en su caso, vienen a explicar su forma y su contenido. Diré, en primer lugar, que, como pronto se apreciará, este libro está redactado en primera persona del singular: quien escribe estas líneas no representa a nadie, toda vez que, en realidad, tiene grandes problemas para representarse a sí mismo. Señalaré, en un segundo escalón, que, como ha podido apreciarse ya, he decidido emplear las más de las veces lo que puede antojarse que es un femenino genérico que vinculo con las "personas" a las que se

refiere. En un tercer paso, he procurado dar al texto un sentido general, de tal suerte que he eludido muchas veces —menos de las que me gustaría— la consideración de casuísticas específicamente celtibéricas. Sería absurdo que negase, aun así, que buena parte de las consideraciones que incluyo en estas páginas lo son sobre los problemas de la "izquierda" en el Norte opulento, y ello por mucho que —creo que fácilmente se apreciará— inviten una y otra vez a revisar nuestra relación con lo que ocurre lejos de la torre de marfil en la que vivimos. Terminaré confesando, en suma, que en la mayor parte de sus trechos este libro es un intento de ensamblaje de tesis que he ido expresando, en los últimos años, en otras obras. Hablo de trabajos relativos a la globalización, a la propuesta del decrecimiento, al concepto de "colapso" y a una eventual adaptación de la perspectiva libertaria de siempre. De manera singular, muchas de las tesis recogidas aquí las desarrollé en una obra muy modesta, *Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo. Un manual para asaltar los infiernos*, que vio la luz en 2015 y que, mal que bien, acogía las reflexiones que vertí en Córdoba, en Andalucía, sobre la actualidad de esa propuesta libertaria que acabo de mencionar. Quien haya leído todos esos trabajos —doy por seguro que la circunstancia es improbable— encontrará en estas páginas, de resultas, pocos elementos genuinamente novedosos.

CAPÍTULO 1

EL ESCENARIO DE LA IZQUIERDA

Aunque ninguna de ellas se ajuste a la definición de izquierda que he adelantado en el prólogo, y dejando de lado la propuesta libertaria, consideraré que dos grandes corrientes han dominado la izquierda del siglo XX. Me refiero, por un lado, a la socialdemocracia y, por el otro, aun a sabiendas de que el término escuece, al leninismo.

En lo que respecta a la socialdemocracia, la primera tarea que hay que acometer nos pregunta por su existencia real: en numerosos escenarios, y durante períodos prolongados, la propuesta correspondiente ha sido difícil de distinguir de la que postulaban muchos liberales y, más aún, muchos neoliberales. Y es que no parece de más avanzar la idea de que la socialdemocracia realmente existente hace tiempo que renunció, incluso, al propósito —me temo que inalcanzable— de gestionar civilizadamente el capitalismo. Se ha movido, antes bien, en provecho de un acatamiento sin fisuras de la primacía de este último, recompensado, bien es cierto, con los privilegios que se revelan al amparo de la presencia de los partidos socialdemócratas en las diferentes instancias de poder político y económico. Creo yo que lo que se ha dado en llamar “puertas giratorias” —el trasvase de responsables políticos a la dirección o a la gestión de empresas públicas o privadas— retrata fehacientemente la hondura del fenómeno. En la trastienda la socialdemocracia, un fenómeno fundamentalmente europeo occidental, ha demostrado su firme compromiso con la defensa de los intereses de las grandes

corporaciones, con la preservación de la lógica imperial que guía la política de Estados Unidos y con el olvido de cómo los problemas medioambientales y de recursos que acosan al planeta nos acercan rápidamente a un genuino callejón sin salida. Más allá de lo anterior, me importa mucho subrayar que —fuera ahora del magma de los partidos socialdemócratas, o socialistas, de siempre— cuando una fuerza política que dice tener una vocación transformadora acata, sin embargo, la lógica del capitalismo, entiende que el Estado debe ser herramienta principal de esa transformación que propone, esquiva cualquier coqueteo con un horizonte autogestionario y, en suma, acepta el aberrante cortoplacismo de estas horas, es difícil imaginar que su apuesta no tiene un carácter socialdemócrata, por mucho que a menudo este adjetivo provoque, también, ampollas.

Por lo que se refiere al leninismo, tengo por fuerza que justificar el término elegido para describir iniciativas en apariencia dispares. Creo que los cimientos de lo que al cabo fueron los sistemas de tipo soviético los levantó Lenin, de la mano de una lectura singularísima, muy discutible, de la obra de Marx. En ese sentido, Stalin fue antes un epígono de Lenin que el fundador de los sistemas de “socialismo de cuartel” o, por mejor decirlo, de los “capitalismos burocráticos de Estado”. Acaso no hay mejor retrato del desvarío de Lenin que la afirmación, de la que echó mano, de que no hay contradicción entre el socialismo y el hecho de que todas las decisiones sean tomadas por una única persona. Las medidas adoptadas a partir de 1917 por los dirigentes de lo que poco después se llamó Unión Soviética, bien es verdad que en condiciones muy difíciles, y con presunto y al final desmentido carácter provisional, acabaron por marcar indeleblemente al régimen naciente. Pienso en la aniquilación de la autonomía de las organizaciones de base, en la proscripción de cualquier instancia competidora, en el establecimiento de un régimen jerárquico y piramidal, en la militarización de la economía y de la sociedad, en el rechazo virulento de las prácticas autogestionarias, en el asentamiento de un capitalismo de Estado, en los estímulos sin cuento para la consolidación de la burocracia

dirigente o en la creación de instancias represivas varias. Por detrás, y al amparo del proyecto leninista, se hizo valer la supersticiosa presunción de que sus promotores disponían de una ciencia social que otorgaba certezas y tenía que ser administrada por una vanguardia. Con unas u otras modulaciones, todas estas aberraciones han inspirado los diferentes modelos de "socialismo" que se manifestaron, a lo largo del siglo XX, en la Unión Soviética, en la Europa central y balcánica, en China y en un puñado de países del Tercer Mundo. Cierto es que la deriva de esos modelos mucho le debió, también, y claro, a la agresividad desplegada por el mundo occidental-capitalista.

Las últimas décadas lo han sido, en numerosos lugares, de singularísimas síntesis en las que se han dado cita retoños de la socialdemocracia y del leninismo, en la forma de lo que con alguna ligereza describiré como la apuesta de la "progresía". Algunos de los rasgos mayores de esa apuesta son la idolatría que merecen la institución Estado y lo que ha dado en llamarse el "imperio de la ley", el acatamiento sin cautelas de la lógica del capitalismo —al que a menudo se intentaría atribuir, eso sí, una pátina "verde"— y de su carácter por definición no igualitario, la defensa de lo que en los hechos se antojan fórmulas de sindicalismo de pacto que arrinconan todo lo que huela a efectiva y honesta lucha de clases, una supuesta primacía otorgada a "lo público", sin que acarree la presencia de proyectos autogestionarios y sin que impida el despliegue de estrategias de privatización encubierta, y la postulación de una suerte de feminismo, el "feminismo de Estado", sólo interesado en la igualdad y comúnmente alejado de una contestación seria de los entresijos de la sociedad patriarcal. La propuesta de la progresía no aprecia problemas mayores en instancias como la Unión Europea o la Organización del Tratado del Atlántico Norte, promueve una crítica las más de las veces meliflua de la política de Estados Unidos, acata ese mito contemporáneo que es el intervencionismo autodenominado humanitario, se sirve de la publicidad que nace de "una ayuda al desarrollo" que oculta la

voracidad de las políticas comerciales de los Estados del Norte, ignora la tétrica situación que siguen padeciendo tantos países del Sur y no muestra ninguna preocupación seria por los límites medioambientales y de recursos del planeta, y por el consiguiente riesgo de un colapso general del sistema. En el mejor de los casos —y recupero la fórmula— la perspectiva que me ocupa se propone sin más gestionar civilizadamente un sistema, el capitalismo, que no resiste, con toda evidencia, ninguna gestión civilizada.

Recordaré, en fin, que al margen de las posiciones primigenias y de los híbridos a los que éstas han dado lugar, no faltan los ejemplos de una suerte de leninismo tardío, que las más de las veces sigue soñando con proyectos autoritarios, militaristas, personalistas e hiperrepresivos. No alcanzo a ver qué es lo que tales proyectos tienen de alternativa genuina frente a la lógica del capitalismo precolapsista. Y creo que sobran las razones para concluir que quienes asumen la herencia del leninismo de otrora, como este mismo, no han sido capaces de transcender el universo histórico y social propio del capitalismo.

CAPÍTULO 2

DEMOCRACIA, CAPITALISMO, ESTADO

En este capítulo intentaré escarbar en la condición de tres instancias que aportan el meollo de las discusiones políticas contemporáneas. No lo haré —o no lo haré fundamentalmente— desde la perspectiva de describir realidades y consignar disputas. Lo que me interesa, antes bien, es rescatar algunos de los elementos que dan cuenta de la condición de la "izquierda" que postulo en estas páginas, que como inmediatamente se verá plantea al respecto horizontes diferentes de los que ven la luz en el discurso político y mediático al uso.

LA DEMOCRACIA LIBERAL

Muchas veces he señalado que la palabra "democracia" está tan manoseada que quienes defendemos lo que ha dado en llamarse "democracia directa" tal vez haríamos bien en procurar otro vocablo diferente para retratar nuestra propuesta. A menudo me he dejado llevar por la sugerencia de que con la palabra "democracia" sucede algo similar a lo que, en el debate político español, ocurre con la palabra "transición". Sabido es que muchas personas defienden, legítimamente, la conveniencia de sacar adelante una "segunda transición". Pues bien: para darle alas a su propuesta, y habida cuenta del carácter nefasto de la primera, de la iniciada en la segunda mitad de la década de 1970, tal vez debieran buscar un término distinto para retratarla.

Los hechos como fueren, me interesa llamar la atención sobre

cuatro rasgos que obligan a recelar de las presuntas virtudes de la democracia liberal. El primero subraya que esta forma de seudodemocracia se asienta en escenarios lastrados por lacerantes desigualdades. No sólo eso: en realidad obedece al propósito central de ratificar y ocultar esas desigualdades. El segundo recuerda que la democracia liberal bebe de la entronización de mayorías artificiales que las más de las veces son el producto de una dramática distorsión, de una dramática manipulación, de las adhesiones populares. El tercero señala que en la trastienda de estas seudodemocracias operan formidables corporaciones económico-financieras que son las que al cabo toman las decisiones importantes, en abierto descrédito de los órganos de supuesta representación popular. Me permitiré agregar, en cuarto y último lugar, que cuando las cosas vienen mal dadas las seudodemocracias que me ocupan no dudan en hacer uso de la fuerza, a través de la represión que conocemos, con múltiples manifestaciones, en nuestras calles, o a través de golpes de Estado e intervenciones militares asestados en países pobres que tienen la mala fortuna de disponer de materias primas muy golosas.

La consideración crítica de problemas como los descritos, y tal vez de algunos más, tiene consecuencias decisivas en muchos ámbitos. Uno de ellos es el relativo a las elecciones. En relación con éstas la pregunta parece servida: ¿qué sentido tiene acudir a votar a sabiendas de que las cuestiones importantes quedan lejos de la capacidad de decisión de los representantes electos, y ello cuando no han sido blindadas con anterioridad? En semejante escenario no es difícil entender por qué menudean las personas que prefieren abstenerse en las elecciones o que, más aún, deciden ignorar palmariamente que éstas existen. Un trecho de una vieja canción de La Polla Records retrata bien el panorama: “Políticos locos guían a las masas, que les dan sus ojos para no ver lo que pasa”. Las elecciones tienen, en fin, un formidable efecto desmovilizador, en la medida en que nos invitan a delegar en otros el encaramiento de problemas que en buena lógica debería ser de nuestra incumbencia.

Ante la idolatría con la que las fuerzas políticas al uso obsequian a las elecciones, conviene preguntarse, en suma, qué es lo que hacemos durante el casi millar y medio de días que en muchos lugares suelen separar una elección de la otra.

Pero, y abordo una segunda cuestión, que en este caso exhibe una condición fundamentalmente española, la consideración de las miserias de la democracia liberal trae ineludiblemente a la memoria la discusión sobre la república. No deseo ignorar en modo alguno que las disputas sobre la república muestran en el escenario español una dimensión emocional que falta en otros muchos lugares. La trágica desaparición de la segunda república a manos de un golpe militar fascista, y con el concurso de una guerra civil, explica por sí sola esa dimensión emocional. Tampoco deseo ignorar que la irrupción, hoy, de una república tendría el efecto, innegablemente saludable, de permitir que desapareciese del horizonte una institución lamentable como es la monarquía. Pero no acierto a identificar en la república, por sí sola, mayores virtudes. Al fin y al cabo, a su amparo pervivirían las lacras de la democracia liberal que he anotado unas líneas antes. Portugal, Francia e Italia son repúblicas, y no creo que su panorama político, económico y social sea ni mejor ni peor que el nuestro, circunstancia que me invita a concluir que ninguna de las cuestiones importantes que deben guiar nuestra acción encuentra respuestas convincentes de la mano de una república. No las encontraron, por cierto, entre 1931 y 1936, cuando los dirigentes republicanos —tan idolatrados por buena parte de la izquierda contemporánea—, representantes señeros de una burguesía poco imaginativa, se mostraron incapaces de promover una reforma agraria merecedora de tal nombre, desplegaron agudos instrumentos de represión entre las organizaciones obreras y campesinas, y en muchos casos prefirieron pactar con los militares sublevados antes que entregar las armas a los sindicatos. El recordatorio, permanente, de que la segunda república sale bien parada en una comparación con lo que vino después —el régimen asesino de Franco— ha contribuido

poderosamente a edulcorar la imagen de la primera.

Tiene sentido, frente a tantos desafueros como los que acompañan a la democracia liberal, promover una perspectiva distinta, que bien puede asentarse en cinco reglas maestras: democracia directa, acción también directa, autogestión, descentralización y, en suma, autodeterminación. Una línea subterránea que recorre estos cinco elementos es, por cierto, la que refiere su condición de estímulo para la movilización, frente a la desmovilización hoy manifiestamente imperante. Cuando se habla, en primer lugar, de democracia directa se están postulando fórmulas de democracia no representativa, no delegativa, en virtud de las cuales, y al amparo de una sensible reducción del tamaño de las diferentes comunidades políticas, se toman de forma directa la mayoría de las decisiones que nos afectan. En su caso, se establecen mecanismos que permiten forjar instancias de coordinación, siempre sobre la base de un escrupuloso respeto de las decisiones que llegan de abajo. Importa subrayar que la democracia directa nada, o muy poco, tiene que ver con la organización ritual de referendos o con lo que algunos llaman "democracia participativa", que, como el término parece indicar, aspira sin más a acrecentar la participación popular en los mecanismos convencionales, no cuestionados, de la democracia liberal.

Lo que comúnmente se entiende por "acción directa", en segundo lugar, responde al propósito de garantizar que retenemos en todo momento una plena capacidad de decisión y de control sobre lo que hacemos. No sólo eso: procuramos que los medios que desplegamos para alcanzar los fines deseados se ajusten a la textura de estos últimos, no vaya a ser que defendamos, por ejemplo, una sociedad de iguales mientras propiciamos la desigualdad, o que rechacemos liderazgos y personalismos al tiempo que estimulamos la consolidación de unos y otros. El ejemplo que acabo de proponer tiene su valor añadido, toda vez que la democracia y la acción directas acarrean por necesidad un

cuestionamiento franco de lo que suponen los líderes y, con ellos, las ficciones de sabiduría y honestidad que siempre los acompañan.

Por lo que parece, la palabra “autogestión” lo es de desarrollo relativamente reciente. Se expandió, según una versión de los hechos, al calor del mayo francés de 1968. Y, sin embargo, la realidad que retrata —que no es otra que la que postula que sean las integrantes de las diferentes comunidades humanas, y en singular las trabajadoras en asambleas en fábricas, explotaciones agrícolas y oficinas, las que se encarguen de adoptar todas las decisiones que les afectan— tiene muchos antecedentes más alejados en el tiempo. Bastará con recordar al respecto que los programas aprobados por un sinfín de fuerzas de carácter sindicalista revolucionario o anarcosindicalista incluían siempre la reivindicación de prácticas autogestionarias. Estas últimas se han desplegado, por lo demás, al amparo de los soviets en las revoluciones rusas de principios del XX, de los consejos obreros en Alemania, en Italia o en Hungría, de las colectivizaciones que se hicieron valer durante la guerra social española y, en fin, de lo que suponen en nuestros días iniciativas como el zapatismo en Chiapas, en México, o el confederalismo democrático en Rojava, en Siria, por no mencionar a los numerosos pueblos indígenas que de forma espontánea han abrazado patrones autogestionarios. Por encima de todo, los ejemplos propuestos han venido a demostrar que es posible organizar sociedades y economías sin empresarios y sin burócratas, merced a lo que parece un torpedo en la línea de flotación de la socialdemocracia y del leninismo. Entre tanto, alejado por completo de cualquier horizonte autogestionario, el sindicalismo de pacto hoy dominante, claramente dependiente de Estados y de partidos, ni siquiera coquetea con formas desvaídas de autogestión como las relativas a las que en su momento se vincularon con el “control obrero” o con la “cogestión”. Importa que subraye, de cualquier modo, que la autogestión no es una propuesta que deba quedar restringida al ámbito laboral; su aplicación es posible, antes bien, en todos los terrenos imaginables.

Ninguno de los horizontes anteriores es imaginable si, antes, no se ha procedido a descentralizar las sociedades en las que vivimos y, más aún, y volveré sobre el argumento, a descomplejizarlas. Una de las consecuencias, obvias, de la descentralización es esa reducción, que ya he invocado, del tamaño de las comunidades políticas correspondientes. Mucha tinta ha corrido a la hora de determinar cuáles son las dimensiones ideales de estas últimas. Un profesor griego que trabaja en Inglaterra desde hace mucho, Takis Fotopoulos, defensor de la llamada "democracia inclusiva", ha hablado de unas treinta mil integrantes, un guarismo que es el que se revela, mal que bien, en muchos de los barrios existentes en tantas ciudades. En el otro polo, John Zerzan, el principal representante de lo que se suele llamar "anarcoprimitivismo", afirma que a partir de un centenar de miembros es impensable que puedan desplegarse fórmulas creíbles de democracia directa. Más allá de estas disputas, está por estudiar el efecto que las culturas políticas descentralizadoras tienen sobre la condición de sindicatos y movimientos. Hay quien ha señalado, por ejemplo, que a la hora de explicar el carácter asambleario, horizontal y antijerárquico de un movimiento como el del 15 de mayo en España es inexcusable invocar el ascendiente de una cultura política marcada, en un grado u otro, por el localismo, por los nacionalismos "periféricos" y por el peso del mundo libertario. Creo que salta a la vista, en fin, que la descentralización casa mal con la lógica del capitalismo y con la de la expansión de los mercados. No sólo eso: se traduce por necesidad en una reducción paralela del peso de las instituciones políticas convencionales —llamadas, entonces, a desaparecer— y en estímulos notorios para la construcción de una sociedad articulada desde abajo.

Aunque el término está cargado, ciertamente, de equívocos, sobran los motivos para defender, también, lo que comúnmente se entiende por autodeterminación. O, por decirlo de otra manera, cuesta trabajo imaginar qué sentido tiene postular la "exodeterminación". Sin la lógica de la autodeterminación el proceso

de descolonización, portador de las miserias que se quieran, no habría adquirido carta de naturaleza. Más allá de ello, y de la mano de un debate estrictamente contemporáneo, parece obligado recordar que los Estados y sus leyes no son sagrados, y que fueron perfilados, a menudo de manera violenta, conforme a intereses precisos que hoy en día son con frecuencia blandidos, una vez más, a través de asentados aparatos represivos. Si sobran los motivos para alentar una discusión sobre los nacionalismos y las miserias que arrastran, esa discusión no puede obviarse, en singular, en el caso de los nacionalismos de Estado, tantas veces olvidados pese a que sobran las razones para concluir que disponen a su servicio de formidables aparatos institucionales, burocráticos, educativos, policiales y militares. En tales condiciones, la defensa del derecho de autodeterminación de comunidades políticas, naciones o pueblos —no deseo ignorar que la fijación de lo que son estas tres realidades es, ciertamente, controvertida— parece manifiestamente preferible al rechazo de ese derecho. Esa defensa se antoja tanto más apetecible, claro, cuando se vuelca en provecho de instancias no estatales que permitan esquivar muchos de los males del esce nario de origen.

EL CAPITALISMO

A los ojos de muchas pareciera como si el capitalismo fuera el aire que inexorablemente tenemos que respirar. No puede dejar de sorprender semejante adhesión a un sistema económico que nada tiene de natural y que en esencia se caracteriza por alimentar, en todas partes, la explotación, la desigualdad y las agresiones contra el medio. Más adelante tendré la oportunidad de referirme a la trama que ha rodeado, que en muchos sentidos rodea todavía, a eso que ha dado en llamarse “globalización”, y que me temo ratifica la conclusión que acabo de formular. Conviene al respecto que subraye que no sólo se trata de contestar lo que, en las últimas décadas, ha supuesto el neoliberalismo. Es posible rechazar el

neoliberalismo, por entender que acarrea una versión extrema e indeseable del capitalismo, sin hacer otro tanto, al tiempo, con el propio capitalismo. Por traducir esa idea general en otra más precisa, de lo que se trata no es de salir de la crisis que nos atenaza desde tiempo atrás: el objetivo, mucho más ambicioso y perentorio, habida cuenta del horizonte de un colapso que está ahí, debe estribar en salir con urgencia del capitalismo.

En la trastienda de todas, o de casi todas, las discusiones que afectan a la condición del capitalismo contemporáneo se halla una disputa principal: la relativa a lo que ha ocurrido, y al destino que corresponde, a la clase obrera o, de forma más general, y de la mano de un término que remite a una realidad más difusa, a la clase trabajadora. Y debe despuntar otro debate las más de las veces proscrito: el que se interesa por el papel que debe otorgarse al campesinado, comúnmente olvidado y despreciado, en la construcción de un planeta nuevo. Me limitaré a señalar, en relación con la primera discusión, que ni la clase obrera ha desaparecido ni exhibe los mismos rasgos que mostraba un siglo atrás. Tan evidente es que el trabajo asalariado, la mercancía y la lógica de la plusvalía —tres fundamentos mayores en la configuración de la lucha de clases— perviven como resulta serlo que las reglas que determinan esos tres fenómenos han cambiado con el paso del tiempo. Las cosas como fueren, renunciar a la acción organizada en el mundo del trabajo, a través de los sindicatos o de otras instancias que puedan imaginarse, sería un regalo lamentable en provecho de los intereses del capital, empeñado en preservar con notorio éxito una lucha de clases que, desarrollada desde arriba, desgraciadamente, y a día de hoy, no ha encontrado las respuestas que merece. No está de más que recuerde, en este mismo terreno, lo que rezaba una humorada que corrió no hace mucho por las redes sociales. Mal que bien decía: si la corrupción te parece indignante, ya verás cómo vas a *flipar* cuando te enteres de lo que es la plusvalía…

Lo anterior al margen, lo suyo es certificar que desde hace un tiempo asistimos a un regreso a condiciones laborales que se

antojaban propias del pasado. Semejante regreso debería provocar, en buena ley, un resurgimiento, como respuesta, del sindicalismo de combate, y ello frente a las formas de sindicalismo de pacto hoy dominantes. Cierto es, con todo, que la propuesta sindical en general, la institucionalizada como la alternativa, parece universalmente lastrada por la primacía que otorga al salario y al empleo, y por la dificultad paralela de que a su amparo encuentren acomodo contenidos como los relativos a los deseos de las personas desempleadas, a la condición —en su caso— de las poblaciones inmigrantes, a la solidaridad con los pueblos del Sur, a la cuestión ecológica o a muchas de las demandas que llegan del feminismo radical. Las cosas así, se antoja razonable sostener que el sindicalismo de combate será tanto más interesante cuanto más porfíe en la contestación del Estado y de sus redes, y cuanto más fácil y frecuentemente consiga romper las fronteras que delimita la propia lógica. Las carencias que muestran tantos sindicatos no obligan, aun así, a cerrar la perspectiva de que estos últimos, o algunos de ellos, sean el fundamento mayor de un modelo de sociedad alternativa.

Una manera de salir de muchos de los callejones sin salida que plantea hoy la acción sindical consiste en plantearse tres grandes cuestiones. La primera se refiere a cómo trabajamos. Infelizmente las palabras “alienación” y “explotación” han desaparecido del discurso de quienes promueven el sindicalismo de pacto, cuando definen, y poderosamente, nuestra vida cotidiana, dentro y fuera de los centros de trabajo. La segunda pregunta desea saber para quién trabajamos. Quienes, bastantes décadas atrás, estaban inmersas en un sindicalismo de combate parecían tener claro que sus proyectos de futuro pasaban inequívocamente por dejar atrás el capitalismo y por concebir un mundo sin amos ni capataces; hoy, y en cambio, el capitalismo se presenta a los ojos de muchas, y retomo la metáfora, como el aire que estamos obligadas, venturosamente, a respirar. La tercera y última cuestión inquiere sobre qué es lo que hacemos: qué bienes producimos, qué servicios generamos… No vaya a ser, y por

ejemplo, que lo que hacemos hoy ponga en peligro los derechos de las generaciones venideras. Cierto es que por momentos se impone adelantar alguna pregunta más, delicada, en lo que respecta al sentido general del trabajo. En la mayoría de sus manifestaciones la izquierda —incluida, por cierto, la libertaria—, imbuida de un discurso productivista y sojuzgada por una supersticiosa idea de progreso, ha sucumbido al supuesto carácter liberador del trabajo, en un llamativo trasunto del lema que recibía a las víctimas en muchos campos de exterminio nazis: “El trabajo os hará libres”. Si el colapso en ciernes lo permite, una tarea muy honrosa consistirá en sopesar qué podemos hacer para liberar al trabajo de semejantes ataduras.

Debo agregar una apreciación que anticipa algunas que llegarán más tarde. Es frecuente escuchar una queja que se refiere a quienes hemos puesto buena parte de nuestro empeño en colocar en primer plano disputas como las vinculadas con los estragos generados por la sociedad patriarcal, con los países del Sur, con el decrecimiento o con el riesgo de un colapso general del sistema. Se nos reprocha haber dado la espalda a los problemas de la gente común, y entre ellos, claro, a los relativos al desempleo, a los salarios, a la precariedad, a las extenuantes jornadas de trabajo o a la indignidad de tantas pensiones. Creo firmemente que la queja no está justificada. Las personas que intentan llevar a la práctica un proyecto anticapitalista y autogestionario no se caracterizan precisamente por la liviandad de sus respuestas ante los problemas de la gente de a pie. Ya me gustaría que pudiera decirse lo mismo, en el caso español y en tantos otros, de quienes encabezan la izquierda que vive en las instituciones y los sindicatos que hemos dado en llamar “mayoritarios”.

No está de más, en fin, que llame la atención sobre la irracionalidad sin límites de la versión dominante en el capitalismo contemporáneo. La locura cortoplacista que acompaña a esa versión tiene uno de sus principales retoños en el hecho de que ese capitalismo está arrojando fuera de la economía a buena parte de la

población planetaria. Mientras el número de personas desempleadas crece en casi todos los lugares, los salarios recibidos por quienes, aun con ello, disponen de un trabajo son cada vez más bajos. La pregunta parece servida: ¿quién va a adquirir, entonces, los bienes generados por ese capitalismo enloquecido? Aunque la irrupción de las economías emergentes y la aparición de nuevos mercados han podido mitigar un tanto, en las dos últimas décadas, la hondura del problema, este último acabará por presentarse con toda su crudeza. El escenario se completa con los flujos especulativos, desbocados, que parecen arrastrar irremisiblemente las nuevas formas de economía, y en singular las vinculadas con las maravillas de las que —dicen— es portadora la informática en sus múltiples manifestaciones. Motivos sobran para concluir que toda esta parafernalia se convierte, por sí sola, en estímulo poderoso para el auge de un renovado ecofascismo del que hablaré más adelante.

EL ESTADO

La mayor superstición que rodea a la institución Estado —muy cara, bien que en virtud de razonamientos eventualmente diferentes, a socialdemócratas y a leninistas— es la que apunta que aquél se ofrece, en esencia, como una entidad que nos defiende. Para darle réplica bastaría con mencionar la dimensión represiva, militar, policial, autoritaria, burocrática y carcelaria que acompaña inexorablemente al Estado. Esa dimensión, por cierto, no ha dejado de engordar al amparo de la globalización realmente existente, que ha permitido que, mientras las capacidades económicas y sociales al alcance de la institución que me ocupa reculaban, sus potestades en el terreno militar-represivo, por el contrario, engordasen. Claro es que la represión que ejercen los Estados no sólo lo es hacia dentro: también se expresa hacia fuera, a través de un renacimiento de lógicas imperiales que, con el concurso de tretas como el intervencionismo humanitario, se nos ofrecen como si fuesen

felizmente inocuas.

Aceptaré de buen grado, aun así, que la dimensión aparentemente protectora que a los ojos de muchas acompaña al Estado tiene su principal retoño en el debate —ojalá hubiera tal— relativo a los llamados “Estados del bienestar”. No es frecuente que nos paremos a pensar en esta curiosa expresión, que embellece de manera gratuita la realidad correspondiente, y que coexiste sorprendentemente con un sinfín de quejas vertidas, en tantos lugares, contra los recortes en la sanidad y en la educación públicas, o contra las miserias del sistema de pensiones. Creo, de cualquier modo, que es sencillo enunciar algunos de los muchos elementos que, en la naturaleza de los “Estados del bienestar” —mejor mantener las comillas—, obligan a asumir una posición frontalmente crítica. Diré, en primer lugar, que aquéllos son formas de organización económica y social propias y exclusivas del capitalismo, por completo desconocidas, de resultas, lejos de éste. Señalaré, en un segundo estadio, que beben de la filosofía, mortecina, de la socialdemocracia y del sindicalismo de pacto. Anotaré, en un tercer escalón, que dificultan hasta extremos inimaginables el despliegue de prácticas de autogestión desde abajo. Recordaré, en cuarto término, que no han venido a liberar, como anunciaban, a tantas mujeres que son hoy víctimas de una doble o de una triple explotación. Subrayaré, en quinto lugar, que no muestran ninguna actitud solidaria ante la condición de muchas de las poblaciones de los países del Sur, preteridas y explotadas por la maquinaria del sistema. Y agregaré, en fin, que no tienen ninguna condición ecológica solvente, tanto más cuanto que la figura del “Estado del bienestar” vio la luz en un momento histórico, la llamada era del petróleo barato, que visiblemente ha quedado atrás.

Siempre que asumo una crítica como la que acabo de desarrollar me veo en la obligación de aclarar que no estoy pidiendo a una anciana que renuncie a su pensión o a la atención que le dispensan en la sanidad pública. Aunque alguna matización al respecto introduciré enseguida, no hay ningún motivo para dar la espalda a

“lo público”. En el buen entendido de que la defensa de este último reclama por necesidad, eso sí, de adjetivos que le den sentido pleno. Y al respecto los dos más sugerentes son los que hablan de lo público “autogestionado” y de lo público “socializado”. Porque lo público por sí solo puede ser un mecanismo central de reproducción de la lógica y de los intereses del sistema que padecemos. He mencionado al efecto en muchas ocasiones que, hace unos años, cuando en España se produjeron movilizaciones estudiantiles en repulsa —creo recordar— de la Ley Orgánica de Educación, cuantas veces tuve la oportunidad me pronuncié en favor de una enseñanza pública, universal, gratuita, laica y de calidad. Un día, mientras enunciaba esa retahíla de calificativos, me vino a la memoria que en mis años de juventud, cuando era un estudiante universitario, criticábamos agriamente la enseñanza pública por cuanto entendíamos que era un mecanismo central de reproducción de la lógica del capital. Y a fe que no íbamos desencaminadas: quien piense que la enseñanza pública nada tiene que ver con la entronización de la lógica de la producción, del consumo y de la competitividad, está esquivando manifiestamente la realidad. ¿Qué es lo que, al respecto, ha ocurrido en las últimas décadas? Luego de haber ido retrocediendo de manera dramática, en un momento determinado se llegó a la conclusión, legítima, de que correspondía cavar una trinchera y salir en defensa de la enseñanza pública. Bien está —repito el argumento— que lo hagamos, pero mejor será que apostemos por una enseñanza pública autogestionada y socializada, con las asambleas de trabajadoras y beneficiarias —o perjudicadas— en lugar protagónico.

Es verdad que la propuesta anterior no resuelve mágicamente los problemas. Una manera de ratificarlo consiste en recordar cuáles son las posiciones que, en el mundo de quienes siguen creyendo en una transformación radical de nuestras sociedades, suscita la propia discusión sobre la educación. Al cabo las posiciones al respecto son tres. La primera es la que, mal que bien, acabo de retratar, preconizada ante todo por el sindicalismo alternativo y materializada

en un proyecto de defensa de la educación pública que libere ésta de la tutela de políticos y burócratas, y la coloque en manos de las asambleas de trabajadoras y beneficiarias. Esta posición, que en una de sus dimensiones toma en consideración en lugar central los derechos de las más castigadas, parece dar por descontado, sin embargo, que todo lo público es susceptible de socialización y autogestión, premisa que merece, claro, una discusión por fuerza compleja. La segunda de las perspectivas se inclina por perfilar un sistema educativo al margen de la enseñanza pública, de la mano —cabe suponer— de la configuración de escuelas libres o libertarias. Aunque esta propuesta sortea a primera vista el problema antes mencionado —la imposibilidad de autogestionar muchos segmentos de la enseñanza pública—, la experiencia cotidiana invita a concluir que las fórmulas abrazadas tienen a menudo un carácter elitista, sea porque quienes promueven esas escuelas disponen de recursos que no están al alcance del común de los mortales, sea porque parten de un grado de conciencia muy superior al de estos últimos. No me gustaría dejar en el olvido, en fin, una tercera y última percepción: la que pone todo su empeño en señalar que la "educación", por sí sola, pública o privada, estatalizada o libertaria, autogestionaria o no, es por definición un instrumento de dominación y manipulación, tal y como lo han iluminado, por ejemplo, muchos de los textos de Ivan Illich. Pese a que esta última perspectiva puede aportar en su provecho argumentos muy sólidos, a duras penas resuelve, obviamente, los problemas legados por las otras. Aunque, por lógica, acaso tampoco es ésa su función.

El Estado, por lo demás, es un aparato al servicio de la clase dominante, y no una institución neutra a disposición de quien quiera utilizarla. Y es que sobran los ejemplos para apuntalar la idea de que el Estado modela, antes bien, y absorbe, los proyectos teóricamente alternativos y rompedores. No conozco al respecto ningún ejemplo consistente, y prolongado, que permita afirmar que las instituciones defienden con denuedo los espacios autónomos

autogestionados que más adelante me veré en la obligación de reivindicar. A mi entender, y de la mano de dos lógicas estrictamente antitéticas, cualquier espacio ganado para la autogestión es un espacio perdido por las instituciones, y viceversa. La autogestión es en sí misma la antítesis de la representación y, también, por cierto, la de la mera participación. Por eso creo que no falta razón a quienes aseveran que es más inteligente explicar la condición de la alternativa, horizontal y de autoorganización, que asumir una crítica obsesiva del Estado.

No está de más, en suma, que regrese a una discusión que ya me ha atraído en este capítulo. La idea, muy extendida en el discurso político convencional, de que la mayor prioridad debe consistir en ocuparse primero de los problemas más inmediatos, de lo que "interesa a la gente", está llena de trampas. Al respecto, y como ya he señalado, lo primero que conviene recordar es que quienes la defienden no parece que se caractericen las más de las veces por asumir ningún esfuerzo especial para resolver esos problemas de los que hablan. Pero, aparte lo anterior, su propuesta se convierte en explicación principal de por qué el cortoplacismo aberrante que caracteriza, sin excepciones, a los sistemas políticos del momento ha hecho posible que, más allá de la retórica, quedasen permanentemente marginados el cambio climático, el agotamiento de las materias primas energéticas, la ratificación de la sociedad patriarcal, el expolio de los países del Sur o las guerras imperiales. Para que nada falte, hay que preguntarse cuál es el conocimiento que cabe invocar a la hora de determinar qué es lo que realmente interesa a la gente, tanto más cuanto que sobran los motivos para aducir que esos presuntos intereses están indeleblemente marcados por las imposiciones de las grandes corporaciones económico-financieras. Parece que han decidido dar la espalda a la realidad, en fin, quienes piensan que en estas condiciones es imaginable que la institución Estado se convierta en un baluarte principal para ahuyentar el riesgo del colapso y, más aún, para erosionar los cimientos de ese ecofascismo que ya he

tenido la oportunidad de mencionar.

CAPÍTULO 3

EXPOLIO DEL PLANETA Y SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA

Al discurso que invoca la necesidad acuciante de resolver los problemas “más inmediatos”, aquellos que “interesan a la gente”, conviene oponer el que reivindica la urgencia de rescatar los grandes debates que, intencionadamente, son dejados siempre en el olvido. Estoy pensando en los que afectan a las mujeres y a su secular marginación material y simbólica; a las generaciones venideras, a las que nos aprestamos a entregar un planeta a duras penas habitable; a las demás especies, con las que supuestamente compartimos la Tierra, y, en suma, a una buena parte de quienes habitan los países del Sur. La explotación cotidiana que estos últimos padecen, y el expolio constante de sus recursos, invita a formular un puñado de observaciones sobre el escenario internacional de estas horas. Sin la consideración de factores como éstos, mucho me temo que la propuesta de la izquierda poco más sería que un patético ejercicio orientado a mirarse el ombligo.

LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA

Sabido es que, hasta hace bien poco, la palabra “globalización” lo inundaba casi todo. En mi interpretación, fue medio retirada de la circulación para evitar que se viese afectada por los muchos elementos negativos que acompañaron a la crisis financiera internacional que se abrió camino en 2007-2008. Aunque a mi entender sobran las razones para afirmar que el vocablo en cuestión

remitía, y acaso remite, a una realidad que es continuación de las prácticas que otrora describimos con vocablos como “imperialismo” o “colonialismo”, lo anterior no es óbice para reconocer que el capitalismo contemporáneo ha experimentado cambios que en una consideración legítima vendrían a justificar el reflotamiento, para retratarlos, de la palabra “globalización”. Al efecto una de las salidas a nuestro alcance consiste en aceptar, aun a regañadientes, este término, haciéndolo acompañar, eso sí, de algún adjetivo que permita recuperar densidad crítica. Hablaré, así, y por ejemplo, de “globalización capitalista”, otorgando a esta expresión un sentido que la lógica denominadora del sistema quería manifiestamente desterrar. Por razones que creo ya he adelantado, menos densidad crítica exhibe otro término, el de “globalización neoliberal”, que ha adquirido también cierto uso.

Pues bien, ¿cuáles serían esos cambios en la textura del capitalismo que justificarían, aun a regañadientes, la aceptación de la palabra “globalización”? El primero es la presencia, radical y abrasiva, de la especulación. Las transacciones de carácter especulativo han llegado a multiplicar por sesenta a aquellas que acarreaban la compraventa material, efectiva, de bienes y servicios. La segunda la aporta una formidable aceleración en los procesos de fusión de capitales, que ha dibujado, por fuerza, un planeta en el que la propiedad se halla cada vez más concentrada en unas pocas manos. Un tercer rasgo importante ha llegado de la mano de la deslocalización, que ha permitido que empresas enteras fuesen trasladadas a otros escenarios geográficos, las más de las veces en busca de la explotación de una mano de obra barata, de ventajas fiscales y de los beneficios derivados de la presencia de gobiernos de corte autoritario. En un cuarto escalón, la globalización ha bebido de una ambiciosa apuesta desreguladora, encaminada a hacer posible la desaparición de las normas legales que en el pasado permitieron ejercer algún tipo de control sobre los capitales y sus movimientos. Me permito agregar que al calor de la globalización capitalista, y en fin, han experimentado un notable desarrollo las

redes del crimen organizado: cuando desaparecen las normas reguladoras, ello beneficia, ciertamente, a los capitales que se mueven en la legalidad, pero beneficia aún más a aquellos que se desplazan en la trastienda de la legalidad. Una manera de resumir lo anterior consiste en afirmar que la globalización que cobró cuerpo ante todo en la década de 1990 intentó forjar una especie de paraíso fiscal de escala planetaria, de tal manera que los capitales, y sólo los capitales, no los seres humanos, deberían poder moverse, sin cortapisas, a lo largo y ancho del planeta, arrinconando progresivamente a los poderes políticos tradicionales y pudiendo desentenderse por completo de cualquier consideración de carácter humano, social o medioambiental.

Apenas sorprenderá que el proyecto correspondiente exhiba dos rasgos más: si, por un lado, ni tuvo ni tiene un carácter descentralizado y uniforme, por el otro no ha respondido en momento alguno a una vocación igualitaria. En relación con la primera cuestión, lo suyo es recordar que la globalización capitalista es un proyecto claramente dirigido desde los tres grandes núcleos del capitalismo que tuvimos la oportunidad de conocer en la segunda mitad del siglo XX: Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Según una estimación de hace un par de décadas, el censo de empresas transnacionales —que son, al cabo, el meollo de la globalización capitalista— identificaba unas 45.000: si 38.000 de esas 45.000 empresas estaban radicadas en alguno de los tres núcleos mencionados, resulta razonable inferir que muchas de las restantes, pese a estar formalmente ubicadas en otros escenarios, se hallaban en último término dirigidas desde el Norte opulento. La irrupción, innegable, en períodos más cercanos, de transnacionales de base china, india, rusa o brasileña no parece que haya alterado de forma sensible el panorama general. Lo anterior al margen, aunque es verdad que la globalización capitalista se tradujo en una importante transferencia de recursos de inversión en provecho de países del Sur —una transferencia que a menudo se vinculó, ciertamente, con políticas de deslocalización—, lo cierto es que los

beneficiarios lo fueron casi en exclusiva unas cuantas economías entre las cuales a buen seguro se contaron China, la India, Tailandia, México, Brasil o, durante un tiempo, Argentina. Llamativo resulta, en cambio, que el conjunto del África subsahariana, con mucho el área más pobre del planeta, a duras penas recibiese sino unas pocas migajas de esos flujos de inversión, circunstancia que obliga a concluir que la globalización no es en modo alguno un proyecto uniforme que, de resultas, se haya revelado con arreglo a patrones similares en todo el globo.

Tal y como anuncié, en fin, tampoco hay motivos para alimentar la conclusión de que la globalización ha tenido, o tiene, una naturaleza igualitaria. Al respecto bastará con que recuerde unos cuantos datos muchas veces repetidos. Algo así como 1.300 millones de personas se ven obligadas a malvivir con menos de un dólar diario —con “menos de un dólar”, no con “al menos un dólar”—, mientras más de 3.000 millones tienen que hacerlo con menos de dos dólares al día. El 70 por ciento de estas personas pobres, de las primeras como de las segundas, son mujeres, dato que obliga a atribuir el relieve correspondiente a lo que ha dado en llamarse “feminización de la pobreza”. Algo así como 800 millones de personas padecen problemas de hambre crónica, saldados con la muerte diaria, por hambre o por enfermedades generadas por el hambre, de unos 35.000 seres humanos. Al tiempo que todo esto ocurre, las fortunas de los tres seres humanos más ricos equivalen a los recursos a disposición de los 49 Estados más pobres. Aunque es verdad que datos similares a los reseñados podrían haberse invocado en relación con las décadas anteriores a la irrupción, en la última década del siglo XX, de la globalización capitalista, no parece que ésta haya frenado un proceso general de progresivo distanciamiento entre ricos y pobres. O, lo que es lo mismo, no hay motivos para concluir que ha aportado respuestas consistentes, y sostenibles, en el camino de la igualdad.

Algo conviene agregar en lo que se refiere a la dimensión política de la globalización capitalista. Buena parte de las disputas que

suscita esa dimensión remiten a las consecuencias de aquélla sobre el Estado. El argumento mayor al respecto —ya lo he adelantado— subraya que mientras las atribuciones económicas y sociales de este último reculan, las de carácter represivo-militar, en cambio, engordan. En lo que atañe al primer fenómeno, ya he señalado cómo son formidables corporaciones económico-financieras las que dictan las reglas del juego, con franca anuencia de instituciones y partidos, claramente endeudados estos últimos, en la mayoría de los casos, con bancos y entidades afines. En las palabras de John Dewey, “la democracia pierde su sentido cuando la vida de un país se ve gobernada por genuinos tiranos privados, de tal manera que los trabajadores se encuentran subordinados al control empresarial y la política se convierte en una suerte de sombra que los negocios arrojan sobre la sociedad”. La segunda de las dimensiones nada tiene de novedosa. Mostró un retoño importante, décadas atrás, al calor de las políticas que postuló en Estados Unidos un presidente llamado Ronald Reagan. Aunque Reagan era un decidido neoliberal, durante sus dos mandatos presidenciales, en la década de 1980, el déficit público norteamericano no dejó de crecer, y de hacerlo espectacularmente. Los neoliberales, que hacen lo que está de su mano para reducir el gasto público en sanidad y en educación, no dudan, por el contrario, en disparar el gasto militar-represivo, al amparo de un proyecto que encaja perfectamente con la lógica de la globalización. Esta última se asienta al cabo en una regla maestra: al tiempo que los beneficios se privatizan, las pérdidas, en cambio, se socializan.

Claro es que la globalización ha tenido también consecuencias importantes en el terreno de la cultura y de la comunicación. A su amparo han experimentado ingentes posibilidades de promoción, por ejemplo, las culturas minorizadas, que disfrutan en la web de un interesante espejo multiplicador de conocimientos y proyectos. Y, sin embargo, seríamos muy ingenuas si ignorásemos que la globalización ha supuesto al tiempo, y de forma mucho más consistente, un poderoso impulso para una nueva, la enésima,

occidentalización del mundo. Se ha dicho mil veces: en todos los lugares se escuchan hoy las mismas canciones, se leen los mismos libros, se contemplan las mismas películas y se engullen las mismas noticias manipuladas. Frente a esa nueva ola de colonización, que no es solamente cultural, resulta entonces limitada la capacidad de resistencia de las culturas minorizadas.

Obligado estoy a subrayar la ambigüedad que he mostrado en el uso de algunos tiempos verbales. Nace ante todo de la dificultad de dar réplica a una pregunta de respuesta compleja: ¿qué ha ocurrido con la globalización? ¿Es un proceso vivo y exultante o, por el contrario, remite a una realidad del pasado, más bien agostada? Creo yo que esta cuestión ha suscitado al menos tres grandes percepciones. La primera entiende que la globalización es un proceso fracasado y cerrado, de tal manera que estaríamos asistiendo a un orgulloso renacimiento de la lógica de los Estados-Nación. La segunda estima, antes bien, que la globalización se hallaría en una especie de *stand-by*, en espera de que se diluyan las últimas secuelas de la crisis internacional iniciada en 2007, para entonces reaparecer y recuperar todo su peso del pasado. La tercera y última lectura asume una combinación de elementos procedentes de las dos anteriores y sugiere que estaríamos asistiendo, sí, a un resurgimiento de los Estados-Nación, en el buen entendido de que tal resurgimiento se vincularía con estrategias en un grado u otro globalizadoras. El mejor retrato de esta tesis lo aportarían algunos de los tratados de libre comercio que han intentado despuntar, con un sinfín de problemas, en los últimos años. Aunque el Tratado Trasatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP) y el Tratado Transpacífico (TTP) los han perfilado Estados o instancias precisas —Estados Unidos y la Unión Europea en el caso del primero—, y de resultas no puede atribuírseles una vocación estrictamente globalizadora, saltaba a la vista que las partes inmersas en la negociación deseaban imponer reglas del juego de obligado cumplimiento en el resto del planeta, hecho que, por sí solo, otorgaba a los textos en cuestión esa vocación globalizadora.

Salta a la vista, por lo demás, que esos tratados obedecían al propósito de articular, desde el mundo occidental, respuestas cada vez más agresivas ante la pujanza comercial de las llamadas “economías emergentes”.

EL PANORAMA INTERNACIONAL

El panorama internacional del momento se halla indeleblemente marcado por un esfuerzo de las potencias occidentales encaminado a recuperar protagonismo y capacidades de poder. Acabo de anotar que se trataría, en lugar principal, de contrarrestar el creciente poderío, fundamentalmente comercial, asumido por el club de los BRICS (Brasil, Rusia, la India, China, Sudáfrica), y de hacerlo de la mano de políticas, sin excluir las militares, cada vez más agresivas. Por detrás lo que se barruntan son muchos de los espasmos del imperialismo de siempre, al amparo de la búsqueda de los recursos que faltan y del control de espacios geoestratégicos y geoeconómicos relevantes.

Aunque, a buen seguro, el papel mayor en ese proyecto corresponde a Estados Unidos —empeñado en un activo proceso de remilitarización del que la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la OTAN, es sin duda un elemento decisivo—, la Unión Europea sigue presentándose como un eficiente escudero de Washington. Ni siquiera la agresividad del presidente norteamericano Trump en el terreno comercial se ha traducido en la aparición de fisuras serias en la colaboración euronorteamericana. Y eso que la propia Unión Europea se halla en crisis abierta, castigada por la decisión británica de abandonar el proyecto comunitario, por discrepancias agudas entre los miembros en lo que hace a cuestiones decisivas como el porvenir del euro o la cuestión de los refugiados, y por la ratificación de una propuesta neoliberal que tiene uno de sus retoños principales en la crisis de la deuda, con Grecia y otros países ribereños del Mediterráneo como escenarios principales.

Aunque cabe augurar un desvío futuro de las tensiones hacia el oriente asiático —el mar de la China Meridional y su riqueza energética están en el centro de muchos pronósticos—, hoy por hoy el Oriente Próximo sigue siendo la región que alberga las mayores tensiones derivadas de la agresividad de las potencias occidentales. El objetivo de éstas es doble: acrecentar el control sobre una región en la que, geoestratégicamente, se dan cita los tres viejos continentes —África, Asia y Europa— y hacerse con el dominio de ingentes recursos energéticos como los que albergan el golfo Pérsico y, en menor medida, la cuenca del mar Caspio. En la intersección de esos dos proyectos está el designio de fortalecer la posición del Estado de Israel, que oficia como genuino gendarme regional al servicio de Occidente. En este marco han cobrado cuerpo intervenciones como las registradas en Afganistán en 2001 y en Iraq en 2003, pero también las verificadas de manera más reciente en Libia y Siria. Si ninguna de esas intervenciones ha permitido, antes al contrario, afianzar la “seguridad” en los países afectados, en todas ellas, y bien es verdad que con gradaciones diferentes, el genérico fracaso militar occidental se ha visto compensado por la obtención de pingües beneficios en provecho de las grandes empresas norteamericanas, y europeas, vinculadas con complejo industrial-militar, con la energía y con la construcción civil. De nuevo sobran las razones para afirmar que mientras los beneficios se privatizan, las pérdidas, en cambio, se socializan. Por detrás es inevitable mencionar el papel decisivo que corresponde al islam yihadista, en buena medida promocionado por el mundo occidental para sacar adelante sus intereses y excusa fundamental en la que cimentar, en paralelo, tramadas estrategias de intervención y de represión en los escenarios más dispares.

Hoy por hoy la oposición principal a las políticas occidentales llega acaso de dos de los integrantes del ya mentado grupo de los BRICS: China y Rusia. La primera, beneficiaria de un crecimiento espectacular mantenido durante dos décadas y apuntalado por un proyecto autoritario y militarista, ha desarrollado ante todo agresivas

políticas comerciales que se han desplegado en los cinco continentes. Según muchos pronósticos, es fácil que el tamaño bruto —es verdad que por detrás de este concepto se esconden realidades cenagosas— de la economía china acabe por dejar atrás en fecha temprana al de la economía norteamericana. Por lo que a Rusia respecta, su política parece más concentrada en un área geográfica precisa, el Oriente Próximo, y tiene un carácter más militar que comercial-económico, como lo testimonia ante todo su intervención en Siria. Aunque salta a la vista que China y Rusia exhiben hoy intereses comunes y muestran cierta complementariedad en sus economías, el futuro puede marcar otros horizontes. Recordaré al respecto que hoy el tamaño de la economía china es cuatro veces superior al de la rusa, y señalaré al tiempo que los dirigentes de los dos países postulan para el futuro, pese a las apariencias, proyectos distintos: mientras China, que necesita como agua de mayo las materias primas rusas, y en su caso determinada tecnología militar, concibe un mundo bipolar en el que las dos grandes potencias enfrentadas serían la propia China y Estados Unidos, en Rusia se postula un planeta multipolar en el que se harían valer, en pie de igualdad, los intereses de media docena de potencias. No hay ningún motivo, en suma, para negar la etiqueta de imperiales, e imperialistas, a muchos de los rasgos de las políticas externas que defienden Pekín y Moscú, poco o nada vinculadas, por ejemplo, retórica aparte, y tal y como ocurre con los gigantes occidentales, con la solidaridad y con la defensa de los derechos humanos.

No acierto a apreciar, en fin, ningún contenido alternativo y esperanzador en algunas de las resistencias estatales que parecen pervivir, las más de las veces empeñadas en reproducir muchos de los patrones que, conforme a una lectura tal vez ingenua, deberían contestar. En esas resistencias —la de la Serbia de Milošević, la del Iraq de Saddam Hussein, la de la Libia de Al-Gaddafi, la de la Siria de Al-Assad o la de la Corea del Norte de Kim Jong Un— se imponen modelos lastrados por la burocracia y la corrupción, por la

ausencia de proyectos creíblemente socialistas, por el desprecio con que se obsequia cualquier horizonte de autogestión popular, por apuestas de carácter aberrantemente productivista y desarrollista, por la presencia de formidables aparatos militares, por la represión de toda disidencia y por la consolidación en el poder de dirigentes autoritarios y caprichosos. Claro es que ninguno de estos factores viene a explicar la inquina con que esos modelos han sido tratados por las potencias occidentales, que, simplemente, han defendido de manera obscena sus intereses geoeconómicos o geoestratégicos. En el mejor de los casos, y agrego ahora nombres como los de la Venezuela de Maduro y la Cuba poscastrista, nos hallamos ante orgullosas revoluciones nacionalistas que plantan cara al ogro norteamericano, sin que los elementos socialistas de los que la retórica oficial presume tengan la fuerza deseable. Nada de lo que acabo de señalar significa, sin embargo, que esté negando la posibilidad —volveré sobre esta cuestión— de que lleguen de los países del Sur respuestas eficientes ante los principales problemas del globo.

No hay, en fin, ninguna instancia de carácter planetario que disponga de atribuciones para encarar en serio problemas como el cambio climático y el agotamiento de las materias primas energéticas. En singular, de la Organización de Naciones Unidas (ONU) lo más que cabe esperar es que no legitime, como al cabo hizo en Afganistán y en Iraq, lo ilegitimable. Su dependencia con respecto a los intereses de los poderosos queda fidedignamente testificada por ese lamentable derecho de veto que asiste a cinco grandes potencias. Y se ve ratificada por el hecho de que la mayoría de los proyectos de reforma del sistema correspondiente no contemplan cancelar semejante derecho, sino, antes bien, ampliar el número de países beneficiarios. En estas condiciones, y puestos a asumir un ejercicio de imaginación, más sencillo parece que muchas de las organizaciones internacionales del momento —y pienso tanto en la ONU como en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, como pienso, naturalmente, en la OTAN— bien pueden

convertirse en agentes decisivos a efectos de apuntalar el proyecto ecofascista que se halla en ciernes. Gracia tiene, por cierto, que desde el mundo de la socialdemocracia se siga sosteniendo que es posible erradicar la pobreza sin tocar, al tiempo, sus fundamentos, y en singular los relativos a la propiedad capitalista y sus reglas.

Nada retrata mejor la sinrazón del mundo contemporáneo, la subordinación obscena de la mayoría de sus reglas a los intereses de un puñado de grandes empresas, que lo que significan el comercio de armas y la llamada “cooperación al desarrollo”. El primero configura una industria en franca pujanza, dominada por las potencias occidentales y por algunas de las emergentes; poco importa, al parecer, la condición de quienes adquieren esas armas. En paralelo se ha registrado, desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, lo que en la mayoría de los escenarios ha sido un notable crecimiento del gasto militar, que en fechas recientes fue estimado en nada menos que 1,7 billones de dólares anuales, con Estados Unidos claramente en cabeza. Por lo que a la cooperación al desarrollo se refiere, en franca reducción tras las sucesivas crisis, no acierta a ocultar la presencia de poderosos intereses subterráneos del lado de los donantes, obscenamente entregados a la tarea de buscar retornos en el terreno económico, en el comercial y en el estratégico.

LA SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA

Ante semejante escenario, y a tono con la tesis general que se defiende en este libro, es urgente acrecentar la solidaridad internacionalista que se despliega desde abajo. No es preciso que recuerde al lector que por debajo de grandes potencias, lógicas imperiales, organismos militares o comerciales, dictaduras y comerciantes de armas, hay seres humanos que padecen los efectos de la pobreza, del hambre, de los desplazamientos forzados, de la represión de las minorías y… de la doble moral con la que acostumbramos a procesar toda esta miseria. Devolver lo robado

por los países del Norte tiene que ser un elemento motor principal de cualquier proyecto de vocación emancipatoria.

Y permítaseme que subraye lo que significa, en la última frase, el adjetivo “principal”: la solidaridad que me ocupa no puede ser, como de hecho sucede ahora, un mero aditamento que reflejaría antes la mala conciencia por el pasado, y por el presente, que la voluntad de transformar una realidad profundamente injusta. Cierto es que para hacer los deberes en este terreno hay que transcender el legado de un mundo, el de las organizaciones no gubernamentales de ayuda al desarrollo, que tanto parecía prometer un cuarto de siglo atrás y que, en la mayoría de los casos, se ha integrado en la podredumbre al uso. No deja de ser paradójico que muchas de esas organizaciones dependan, a menudo de forma exclusiva, de recursos públicos, y que con frecuencia estén más interesadas en preservar sus bien pagados puestos de trabajo que en atender a las poblaciones que son teóricas beneficiarias de sus servicios. Antes, en cualquier caso, de perfilar organizaciones sustitutorias se impone acabar con los muchos mecanismos de dominación que el mundo rico sigue desplegando, en el Sur del planeta, en descarado provecho de sus intereses.

CAPÍTULO 4

LAS TAREAS INMEDIATAS: LOS SEIS VERBOS

En el librito que mencioné en el prólogo me referí a cinco verbos que, a mi entender, debían guiar cualquier proyecto no cortoplacista que se proponga hacer frente al riesgo de un colapso general del sistema. Hablé entonces de los verbos “decrecer”, “desurbanizar”, “destecnologizar”, “despatriarcalizar” y “descomplejizar” las sociedades de los países del Norte (y en buena medida, también, las de los del Sur). Me voy a permitir, ahora, agregar un sexto verbo, “descolonizar”, de relieve a mi entender decisivo. En el buen entendido de que nada me cuesta admitir que la lista correspondiente bien podría ser más amplia e incorporar, por ejemplo, la urgencia de desmilitarizar todas las relaciones y el designio de otorgar el relieve que merecen a los derechos de las demás especies con las que, sobre el papel, compartimos el planeta. Intentaré, aun así, explicar el significado que atribuyo a los seis verbos inicialmente mencionados.

DECRECER

En esencia la perspectiva del decrecimiento nos dice que, si vivimos en un planeta con recursos limitados, y vivimos, no parece que tenga mucho sentido que aspiremos a seguir creciendo ilimitadamente, tanto más cuanto que sobran las razones para concluir que en el Norte rico hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos que la Tierra nos ofrece. No está de más recordar al respecto que en el momento

actual, y según una estimación, la huella ecológica española es de 3,0. ¿Qué significa ese guarismo? Significa que para mantener las actividades económicas hoy existentes en España precisamos tres veces el territorio español. ¿Cómo se mal resuelve este problema? A través de una presión inaudita ejercida sobre las integrantes de las generaciones venideras, sobre muchas de las poblaciones de los países del Sur y sobre los miembros de las demás especies con las que, y repito la cláusula, sobre el papel compartimos el planeta.

Con estos mimbres, la propuesta del decrecimiento señala que en el Norte rico, más allá de redistribuir radicalmente los recursos, inexorablemente tendremos que reducir los niveles de producción y de consumo, en un proceso que invita por necesidad a dejar atrás el universo del capitalismo. Pero subraya, al tiempo, que estamos obligados a introducir principios y valores muy diferentes de los que hoy empleamos. Así, tenemos que recuperar la vida social que hemos ido dilapidando, obsesionadas como estamos por la lógica de la producción, del consumo y de la competitividad. Tenemos que apostar por formas de ocio creativo, frente a las formas de ocio siempre vinculadas con el dinero que el sistema nos ofrece. Tenemos que repartir el trabajo —también el de ciudados—, una vieja demanda sindical que infelizmente fue muriendo con el paso del tiempo. Tenemos que reducir las dimensiones de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte que hoy empleamos. Tenemos que restaurar la vida local que hemos ido marginando en provecho de una globalización enloquecida, y hacerlo en un escenario de reaparición de fórmulas de autogestión y democracia directa. O, en fin, y en el terreno individual, tenemos que asumir un estilo de vida marcado por la sobriedad y por la sencillez voluntarias.

Quien piense que los principios y valores que acabo de enunciar nada tienen que ver con la organización, pasada o presente, de las sociedades humanas hará bien en recordar, sin embargo, su ascendiente en la configuración de realidades varias. Se reflejan con intensidad en muchas de las prácticas históricas del movimiento

obrero —su fuerza es, ciertamente, mayor en la tradición libertaria —, en el trabajo de cuidados que desempeñan —las más de las veces lejos de las relaciones monetarias y siempre desde una perspectiva ecológicamente sostenible— mayoritariamente mujeres, en la propia institución familiar —en la que comúnmente impera la lógica del regalo y de la gratuidad— y, en suma, en tantos de los elementos de sabiduría popular del campesinado de siempre y en la vida cotidiana de esos pueblos del Sur del planeta que nos empeñamos en describir como primitivos y atrasados.

DESURBANIZAR

La desurbanización y la rerruralización son dos caras de un mismo fenómeno. Es sabido que muchos de nuestros ancestros abandonaron el medio rural para pasar a vivir en las ciudades, en las que entendían, legítimamente, que el escenario era más habitable. Hoy asistimos, incipientemente, a un proceso de signo contrario. En cualquier caso, la mayoría de las personas que son moderadamente conscientes del riesgo de un colapso próximo del sistema saben que una de las pocas respuestas eficientes de las que disponemos al respecto es la que reclama, por necesidad, el concurso de esos elementos de sabiduría popular del campesinado que he invocado unas líneas más arriba y de esas prácticas cotidianas de muchas de quienes habitan los países del Sur.

Las cosas como fueren, la mayoría de las ciudades, y en singular las más grandes, son cada vez menos vivibles y sostenibles. Aquellas que acaso saldrán mejor paradas en el escenario del colapso son las que disponen a su alrededor de superficies agrícolas importantes, cuentan con agua en abundancia, se hallan en encrucijadas de caminos y tienen un carácter más bien vetusto y tradicional. El modelo contrario lo ha aportado, en los últimos lustros, la ciudad norteamericana de Detroit, meca de la industria del automóvil, que ha experimentado su propio y anticipado colapso. Conviene, aun así, huir de ingenuidades en lo que hace al porvenir

de un medio rural en el que a buen seguro se harán valer las secuelas de la miseria que hemos desplegado en las últimas décadas: acaparamiento de tierras, mal uso de los suelos, expansión del monocultivo, extensión de la mecanización y, en suma, mercantilización de todas las relaciones. Por decirlo en otras palabras, aunque el escenario en ese medio será genéricamente más halagüeño que el que se apresta a revelarse en tantas ciudades, el panorama será cualquier cosa menos idílico. Y lo será tanto más si se registra, como es muy probable, un éxodo masivo de población urbana —ante todo procedente de las grandes urbes— en dirección al campo.

DESTECNOLOGIZAR

Admitiré de buen grado que el verbo “destecnologizar” incorpora cierta dimensión provocadora. Si tengo que desarrollar la idea que lo acompaña, y hacerlo de manera más mesurada, diré que estamos obligados a analizar críticamente cuál es la condición de muchas de las tecnologías que el sistema nos regala, no vaya a ser que no resulte tan evidente su naturaleza liberadora o emancipadora. John Zerzan es el principal teórico de lo que se ha dado en llamar “anarcoprimitivismo”. En muchas ocasiones ha afirmado que todas las tecnologías creadas por el capitalismo llevan por detrás la huella de la división del trabajo, de la jerarquía y de la explotación. Es un argumento serio y que merece ser escuchado, por mucho que, al tiempo, quepa discutir si la aseveración de Zerzan puede predicarse, en efecto, de “todas” las tecnologías perfiladas por el capital.

Las cosas como fueren, me parece indiscutible que las tecnologías no son ontológicamente neutras. No basta con traspasar su control a otras manos para dejar atrás lo que antes era perverso y en adelante será una fuente de prosperidad y equidad. Creo que al respecto lo menos que podemos hacer es preguntarnos por la condición social y ecológica de muchas de las tecnologías que

empleamos. Fue la recomendación que me vi en la obligación de hacer a una persona que, en un acto público, me preguntó si yo estaba en contra de una tecnología médica que había permitido, literalmente, que el interpelante salvase la vida. Le respondí que no, que no estaba en contra, pero que prefería reservarme el derecho a preguntar por esa doble condición que he mencionado unas líneas más arriba. ¿A qué porcentaje de la población mundial beneficiaba la tecnología en cuestión? Si ese porcentaje era, por ejemplo, de un 5 por ciento de la población planetaria, estaremos, con toda evidencia, ante un problema. Esto al margen, el disfrute contemporáneo de esa tecnología, ¿no puede poner en un brete los derechos de las generaciones venideras?

Creo que las percepciones al uso son manifiesta y aberrantemente tecnofílicas, y que conviene poner al respecto un contrapunto. Ese contrapunto es tanto más importante cuanto que la perspectiva de un colapso general del sistema que padecemos bien puede trastrocar, y profundamente, las reglas del juego en lo que a la tecnología se refiere. La escasez de energía que cabe augurar de cara a un futuro nada lejano acaso está llamada a zanjar por vía rápida muchas de las discusiones que acabo de abordar. Y a otorgar una renovada actualidad a muchos proyectos de carácter neoluddita (recuérdese que el movimiento luddita se entregó, en la Inglaterra de principios del siglo XIX, a la destrucción de la maquinaria que introducía, con argumentos similares a los que se emplean hoy, la primera revolución industrial).

DESPATRIARCALIZAR

En un capítulo posterior defenderé la construcción de espacios autónomos autogestionados, desmercantilizados y, en fin, despatriarcalizados. Me interesa subrayar que esos espacios existen ya y que en muchos casos han progresado notablemente, en efecto, en el terreno de la autogestión y en el de la desmercantilización, cuando conservan incólumes, sin embargo,

muchas de las reglas del juego propias de la sociedad patriarcal. Deshacerse de lo que llevamos, indeleblemente, dentro de la cabeza no es, a buen seguro, tarea sencilla.

Ya he señalado que el 70 por ciento de las personas pobres existentes en el planeta son mujeres. Permítaseme recordar ahora que es un porcentaje muy llamativo. No estoy hablando de un 52 por ciento de mujeres pobres enfrentado a un 48 por ciento de varones que reúnen esa misma condición: me estoy refiriendo a la distancia abismal que separa un 70 de un 30 por ciento. Agrego ahora que las mujeres aportan un 78 por ciento de las personas analfabetas y que, según una estimación que admito es controvertida, realizan el 67 por ciento del trabajo aun cuando reciben a cambio un escueto 10 por ciento de la renta. En estas condiciones afirmar, como se hace muy a menudo, que los problemas atávicos de marginación, simbólica y material, de las mujeres se hallan en afortunada vía de resolución me temo que es, literalmente, dar la espalda a la realidad. Creo, por lo demás, que no es suficiente, como lo hace comúnmente el feminismo de Estado, con reclamar la igualdad entre mujeres y hombres en el ámbito laboral, en el social o en el político: la contestación de lo que significa la sociedad patriarcal reclama de herramientas más profundas que las que se necesitan para poner en marcha una plena e igualitaria integración de las mujeres en la miseria del mundo creado por los hombres.

DESCOMPLEJIZAR

Hemos acabado por aceptar un mundo cada vez más complejo, con una secuela muy delicada: cada vez somos más dependientes o, lo que es lo mismo, cada vez somos menos independientes. Al respecto no está de más que eche una ojeada a una situación llamativa, como es la que nos recuerda que muchas de las personas a las que cabe situar entre las desheredadas del planeta, habitantes de los países del Sur, se encuentran, paradójicamente, en mejor posición que la nuestra para hacer frente al colapso que se avecina:

se mueven en pequeñas comunidades humanas, han mantenido una vida social mucho más rica que la nuestra, han preservado una relación mucho más fluida con el medio natural y son, en último término, mucho más independientes de lo que lo somos nosotras.

Creo que al respecto basta con pensar, y entiendo que no pido ningún ejercicio de imaginación desbordante, en lo que podría ocurrir si a un país como aquél en el que se redactan estas líneas dejasen de llegar los suministros de petróleo. Todo lo que disponemos, literalmente, se hundiría de la noche a la mañana, con una conclusión insorteable: si queremos recuperar independencia por fuerza tendremos que aceptar una progresiva descomplejización de nuestras sociedades. Me parece que no hay mejor ilustración de lo que significa esa descomplejización que el que ofrecen el automóvil y la bicicleta. La fabricación del primero reclama de tecnologías que no están al alcance de cualquiera, su reparación exige irremediablemente especialistas y, por dejarlo ahí, ponerlo en marcha es impensable si no disponemos de fuentes de energía que comúnmente llegan de muy lejos y están en el origen de muchas de las tensiones bélicas que atenazan al planeta. Las tecnologías inmersas, en cambio, en la fabricación de una bicicleta son mucho más simples y hacederas, y lo habitual es que nosotras mismas podamos reparar el dispositivo que, en fin, no requiere, para su funcionamiento, de otra energía que la que nace, pacíficamente, de nuestras piernas. Y de nuestra cabeza.

DESCOLONIZAR

El grueso de la izquierda europea, tributaria de la modernidad, ha bebido de siempre de un puñado de ataduras. Citaré entre ellas una inocultada adoración de las jerarquías, la percepción de que la naturaleza se halla, sin límites, a nuestro servicio, una acrítica aceptación de lo que suponen la ciencia, la tecnología y el trabajo, una percepción del mundo que arrincona visiblemente a las mujeres y, en suma, y por dejarlo ahí, la conclusión de que la civilización

occidental, pese a sus lamentables excesos, es superior a todo lo que ha adquirido carta de naturaleza en otros lugares. Incluso cosmovisiones como el anarquismo han bebido, en un grado u otro, de alguna de estas supersticiones, y singularmente de la última.

Difícilmente construiremos un planeta que deje atrás las miserias del presente si no somos capaces de descolonizar, o de decolonizar, nuestro pensamiento y nuestras prácticas. El ejercicio correspondiente exige por definición abandonar para siempre la etnocéntrica idea de la superioridad de la civilización occidental o, lo que es lo mismo, reclama ir más allá de la denuncia de esos "excesos", curioso eufemismo, que acabo de mencionar. Cuentan, por cierto, que una vez le preguntaron a Gandhi qué pensaba de la civilización occidental. De la mano de un uso muy propio del condicional, por lo que parece respondió: "Creo que sería una excelente idea". La descolonización, o la decolonización, significa devolver lo que en su momento sustrajimos o, al menos resarcir a las víctimas, a los pueblos originarios, a los pueblos indígenas, y también a quienes fueron víctimas principales de la esclavitud. Y significa, por encima de todo, respetar su derecho a autodeterminarse y a ejercerlo ante todo en relación con una discusión fundamental: la de la tierra. En tal sentido hay que descolonizar el socialismo, el anarquismo, el feminismo, el anarcofeminismo y todos los "-ismos" que queramos proponer.

No me parece de más agregar que esa descolonización que preconizo bien puede exhibir una dimensión egoísta: la de aprender de quienes, en muchos casos, han conservado una filosofía de la vida no lastrada —o menos lastrada— por la mercantilización y por el individualismo que marcan indeleblemente a las sociedades occidentales. A este respecto, lo que ocurre desde hace un cuarto de siglo en Chiapas, en México, y lo que sucede desde un lustro atrás en Rojava, en áreas del norte de Siria con mayoría de población kurda, bien puede ser una guía en nuestra zozobra. En ambos escenarios se revelan la hostilidad hacia la institución Estado, el despliegue de prácticas autogestionarias, un papel central

desarrollado por las mujeres y, en suma, y por encima de todo, la idea de que la emancipación de las trabajadoras será obra de las trabajadoras mismas. O no será.

CAPÍTULO 5

EL HORIZONTE DEL COLAPSO

Ya habrá podido comprobar el lector que en varias ocasiones he mencionado un fenómeno, un riesgo, el del colapso, que a mi entender debe marcar muchas de nuestras consideraciones. Debo dejar claro desde el principio, aun así, que no estoy en condiciones de afirmar sin margen para la duda que se va a producir un colapso general del sistema que padecemos. Mi argumento es más prudente: se limita a señalar que ese colapso es probable o, si quiero cargar las tintas, que es muy probable. Me parece llamativo que muchos pronósticos que daban cuenta de la manifestación de hechos negativos, y que la volcaban en el año 2100, la hayan ido anticipando en el tiempo y la sitúen ahora en 2060, 2040 o 2020, prácticamente a la vuelta de la esquina. El debate sobre el colapso no tiene, sin embargo, ninguna presencia en nuestros medios de incomunicación, como tampoco la tiene en el discurso de nuestros políticos, ni siquiera los teóricamente más abiertos y alternativos. Sí que está presente, en cambio, de forma significativa, en la literatura y en el cine, en el buen entendido de que en ambos casos esa presencia guarda mayor relación con un código vinculado con el ocio y la distracción que con el designio de alentar al respecto un discurso crítico merecedor de tal nombre.

QUÉ ES EL COLAPSO

Entenderé que el colapso es un proceso, o un momento, del que se derivan varias consecuencias delicadas. Mencionaré entre ellas

cambios sustanciales, e irreversibles, en muchas relaciones, profundas alteraciones en lo que atañe a la satisfacción de lo que se entiende que son las necesidades básicas, reducciones importantes en el tamaño de la población humana, una pérdida general de complejidad en todos los ámbitos, acompañada de una creciente fragmentación y de un retroceso de los flujos centralizadores, la desaparición de las instituciones previamente existentes y, en fin, la quiebra de las ideologías legitimadoras, y de muchos de los mecanismos de comunicación, del orden antecesor.

De esa larga definición me interesa extraer cuatro elementos. El primero nos habla del carácter irreversible del colapso, que es lo que al cabo lo distingue de una mera crisis. Cuando nos referimos a una crisis, damos por descontado que es posible regresar al escenario anterior. Cuando nos ocupamos, en cambio, del colapso, esa posibilidad no se hace valer. El segundo elemento interesante remite a la discusión relativa a si el colapso es en esencia un proceso o, por el contrario, se trata de un momento. En una aproximación inicial el primer horizonte parece más razonable. Si estamos hablando de las consecuencias del cambio climático, sabemos que una de ellas, principal, es una subida paulatina de la temperatura media del planeta. Si nos estamos refiriendo a los efectos del agotamiento del petróleo, sabemos, de nuevo, que ese agotamiento es procesual. Pero debo recordar que la lógica del capitalismo contemporáneo es muy a menudo la de los estallidos repentinos de las burbujas financieras, inmobiliarias y especulativas. Intentaré salir de este entuerto, y subrayaré que lo razonable es afirmar que el colapso es, en principio, un proceso, que bien puede conducir, sin embargo, a un momento en el que ese proceso se haga irreversible. Daré un paso más, el tercero, para subrayar el relieve que conviene atribuir a la discusión que se interesa por la complejidad. En su dimensión más elemental esta última sugiere que, cuando las sociedades se van haciendo más complejas, para resolver muchos de sus problemas necesitan cantidades crecientes de energía en un momento en el que esta última, llamativamente,

falta. Creo que el escenario que tenemos por delante se ajusta, mal que bien, a la norma descrita.

Agrego, en fin, un último elemento importante, que en este caso asume la forma de códigos valorativos tanto más delicados cuanto que comúnmente no somos conscientes de su presencia. Esto sucede, por cierto, en dos ámbitos diferentes. El primero me obliga a subrayar que la mayoría de los estudios relativos a colapsos registrados en el pasado atribuye un carácter negativo a varios fenómenos que desde mi punto de vista tienen, sin embargo, una condición saludable. Estoy pensando, por ejemplo, en la rerruralización, en las ganancias en materia de autonomía local o en la desjerarquización de todas las relaciones. El segundo me invita a sugerir que, al fin y al cabo, el concepto de colapso que manejamos en el Norte rico tiene cierta dimensión etnocéntrica: entendemos lo que significa el colapso porque damos por descontado que aún no estamos en él. Explicar lo que significa esta última palabra a una niña nacida en la franja de Gaza parece, en cambio, tarea harto difícil: conforme a determinada percepción de los hechos esa niña ha vivido de siempre en el escenario del colapso. Y es importante recalcar esta dimensión a efectos de apuntalar la idea de que el colapso no es siempre una realidad futura y posible: a menudo, y para muchos seres humanos, es la realidad presente.

LAS CAUSAS DEL COLAPSO

Dos son las previsibles causas mayores de un colapso general del sistema. A ellas hay que sumar, bien es cierto, otras que, de aparente menor relieve, bien pueden oficiar, sin embargo, como elementos multiplicadores de las tensiones y de los problemas.

Las dos causas mayores a las que acabo de referirme son el cambio climático, por un lado, y el agotamiento de todas las materias primas energéticas que hoy empleamos, por el otro. En relación con el primero de esos factores, lo primero que debo señalar es que hay un consenso abrumador, en el seno de la

comunidad científica internacional, en lo que hace a la idea de que es inevitable que la temperatura media del planeta suba al menos dos grados en comparación con los niveles propios de la era preindustrial. Cuando alcancemos ese momento, nadie sabe lo que viene después pero, en cualquier caso, cabe augurar que nada bueno. Conocidas son algunas de las consecuencias principales del cambio climático: una subida general de las temperaturas, la elevación del nivel del mar, el deshielo progresivo de los polos, la desaparición de muchas especies, la desertización, la deforestación y, en fin, la manifestación de problemas sin cuento para el despliegue de la agricultura y de la ganadería. Aunque hay países, como Canadá o Rusia, en los cuales círculos de opinión importantes sugieren que el cambio climático está llamado a tener conse cuencias halagüeñas, de la mano ante todo del incremento de la superficie agrícola útil, lo cierto es que se trata de un proceso tan rápido, con agresiones tan frontales sobre el hábitat, que sus eventuales consecuencias saludables tendrán —me temo— un carácter marginal.

Por lo que se refiere al agotamiento de las materias primas energéticas, conviene recordar que, con arreglo a una estimación, de no disponer del petróleo, del gas natural y del carbón, el 67 por ciento de las integrantes de la especie humana perecerían. Según Antonio Turiel, que es, entre nosotras, el máximo experto en el llamado “pico del petróleo”, el pico conjunto de las fuentes no renovables de energía —petróleo, gas natural, carbón— se habría producido en 2018. En lenguaje más llano, la producción, inexorablemente, empezará a reducirse y los precios, bien que con los previsibles altibajos en un mercado muy especulativo, empezarán a subir. Aunque en el caso de las materias primas energéticas puede imaginarse una combinación de éstas que, muy distinta de la que hoy aplicamos, resolvería algunas situaciones de- licadas, lo cierto es que no se está trabajando, en los hechos, en la introducción de esa combinación, que por sí sola, y por añadidura, reclamaría transformaciones radicales en la textura de nuestras

sociedades. Todo lo anterior invita a concluir que también aquí, infelizmente, llegamos tarde.

He llamado la atención, con todo, sobre la existencia de otros factores que, aunque en apariencia menos importantes que los dos reseñados, podrían contribuir, sin embargo, a acrecentar los problemas. Intento mencionarlos de manera casi telegráfica. El primero es la crisis demográfica, que castiga en singular a determinadas regiones del planeta. El segundo lo configura una delicadísima situación social, que ya he tenido la oportunidad de glosar en su momento; sus consecuencias bien pueden multiplicarse al calor de la extensión del hambre y de crecientes problemas de acceso al agua en muchas regiones. El tercero lo aporta la previsible expansión de determinadas enfermedades, en la forma de epidemias y pandemias de difusión más fácil y rápida, de incremento en la presencia de cánceres y dolencias cardiovasculares, o de extensión de la malaria. El cuarto asume el horizonte de un entorno invivible para las mujeres, que anuncia la ratificación de muchas de las reglas de la sociedad patriarcal. El quinto invoca el efecto caotizador de la crisis financiera, en forma de inestabilidad, pérdida de confianza e incertidumbre. El sexto se perfila en torno a la proliferación de violencias varias, entre las cuales a buen seguro se contarán —se cuentan— las desplegadas por las grandes potencias del Norte en busca de las materias primas que les faltan. Agregaré, en fin, las secuelas dramáticas de la idolatría que, en tantos escenarios, siguen mereciendo el crecimiento económico y la tecnología.

LA SOCIEDAD POSCOLAPSISTA

La tarea de determinar los presumibles rasgos de la sociedad poscolapsista reclama dosis muy notables de especulación. No sabemos cuándo se va a producir el colapso, cuáles serán sus causas precisas y cuáles las respuestas que suscitará. Ignoramos si se tratará mayormente de un momento o de un proceso, y tenemos

derecho a concluir que lo más probable es que se revele conforme a patrones diferentes según unos u otros lugares.

Aun con ello, parece razonable adelantar que el escenario posterior al colapso se verá marcado por una visible reducción de la energía disponible, que dará al traste con la civilización del automóvil tal y como hoy la conocemos, y también, y esto es acaso más importante, con el comercio internacional, muy dependiente del sistema de los *containers*, de los contenedores. Por otro lado, lo suyo es que el colapso constituya un golpe muy fuerte para las estructuras tradicionales de poder; en singular, padecerán sus efectos disruptores las instancias caracterizadas por la centralización y por el uso intenso de energía y de tecnología. Hablo, en lenguaje más llano, de los Estados, de las fuerzas armadas y de las grandes empresas. En el terreno económico, entre las consecuencias mayores del colapso se contarán la reducción del crecimiento, el cierre masivo de empresas, la extensión del desempleo, la desintegración de los ya de por sí maltrechos "Estados del bienestar" y la subida de los precios de los productos básicos.

A la quiebra del sistema financiero seguirán el hundimiento de las pensiones y retrocesos manifiestos en sanidad y educación, con víctimas en las de casi siempre: las mujeres y las personas de mayor y de menor edad. El escenario será previsiblemente más duro en las ciudades que en el medio rural; en las primeras se hará valer un general deterioro, con pérdida de habitantes y desigualdades crecientes. Lo lógico, en fin, es que el colapso se traduzca en una reducción de la población planetaria, en el buen entendido de que el retroceso en cuestión se ajustará a patrones diferentes según unas u otras regiones.

EL ECOFASCISMO

A veces me asalta la impresión de que el término "capitalismo" sirve para retratar realidades que al cabo son muy distintas. En el

capitalismo contemporáneo, sin ir más lejos, se harían valer dos modulaciones muy diferentes entre sí. La primera no buscaría otra cosa que el beneficio más goloso obtenido en el período de tiempo más rápido, carecería en los hechos de un proyecto de futuro y respondería a criterios aberrantemente cortoplacistas. La segunda, en cambio, sería razonablemente consciente de los retos vinculados con los límites medioambientales y de recursos del planeta, tendría un proyecto —criminal— de futuro que algunos expertos han decidido describir como ecofascismo y procuraría, ahora sí, horizontes de medio y largo plazo.

Ya sé que el propio vocablo "ecofascismo" resulta moderadamente sorprendente. Estamos acostumbrados a concluir que el prefijo "eco-" acompaña siempre a realidades saludables. Para deshacer los equívocos al respecto me limitaré a recordar que en el Partido Obrero Alemán Nacional Socialista, el partido de Hitler, operó un activo e influyente grupo de presión que defendía la vuelta al mundo rural, rechazaba las consecuencias negativas de la urbanización y de la industrialización, y en su caso postulaba el despliegue de prácticas vegetarianas. Todo ello, naturalmente, al servicio de una raza elegida que se consideraba en condiciones de imponer reglas del juego de obligado cumplimiento a quienes no participaban de sus privilegios.

Hace años se publicó en castellano la traducción de un libro de un periodista germano llamado Carl Amery. El libro en cuestión se titula *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?* La tesis principal que formula Amery en esa obra señala que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas que abrazaron los nazis alemanes de ochenta años atrás remiten a un momento histórico singularísimo, coyuntural y, por ello, afortunadamente irrepetible. Amery nos exhorta, antes bien, a estudiar en detalle esas políticas. ¿Por qué? Porque bien pueden reaparecer en los años venideros, no defendidas ahora por ultramarginales grupos neonazis, sino postuladas por algunos de los principales centros de poder político y económico, cada vez más conscientes de la escasez general que se

avecina y cada vez más firmemente decididos a preservar esos recursos escasos en unas pocas manos, en virtud de un proyecto de darwinismo social militarizado, esto es, de ecofascismo.

Es fácil intuir que por detrás de la propuesta ecofascista hay una discusión que en una de sus dimensiones principales tiene un carácter demográfico. Está, en otras palabras, la idea de que en el planeta sobra gente, de tal manera que se trataría, en la versión suave, de marginar a quienes sobran —esto ya lo hacen— o bien, y en la versión dura, de exterminarlos directamente. Buena parte de las políticas que empiezan a revelarse en el mundo occidental —no sólo en éste, ciertamente— hunde sus raíces en un proyecto de esta naturaleza. La conciencia de lo que significa debería tener efectos inmediatos en nuestra acción cotidiana.

CAPÍTULO 6

LOS ESPACIOS AUTÓNOMOS

En los circuitos preocupados por el colapso este último suscita acaso dos reacciones diferentes. La primera es crudamente realista y nos dice que no nos queda más remedio que aguardar a que llegue el momento del colapso en cuestión. Ese momento, y desde esta perspectiva, abrirá los ojos de muchas en lo que respecta a la sinrazón, al sinsentido, de nuestras vidas. Una segunda reacción entiende, sin embargo, que es urgente, como respuesta ante el riesgo del colapso, salir del capitalismo y que al respecto se impone crear espacios autónomos autogestionados, desmercantilizados y despatriarcalizados.

Conviene subrayar que esos espacios de los que hablo existen ya. Asumen, por ejemplo, e incipientemente, la forma de grupos de consumo, ecoaldeas, cooperativas integrales o movimientos que en régimen autogestionario-cooperativo se han hecho con el control de empresas que estaban a punto de quebrar. Los espacios que me ocupan sólo adquirirán, con todo, sentido pleno si son capaces de federarse entre sí y si mantienen una línea de confrontación con el capital y con el Estado, probablemente engarzados, en esta doble tarea, con los sindicatos. Bien es verdad que permanece abierta una discusión relativa a cuál será el sentido último de estas instancias: si hay quienes responden que su propósito mayor, acaso obvio, consistirá en sentar los cimientos para esquivar el colapso, otras perspectivas sugieren, de manera más cautelosa, que deberán configurarse como escuelas que nos enseñen cómo debemos actuar después del colapso en cuestión…

En cualquier caso, parece que los espacios que defiendo deben ser una suerte de fermento, en el presente, de la sociedad futura. Al respecto deberán alejarse con rapidez del cortoplacismo aberrante que guía la política y la economía al uso, apostarán con claridad por conductas desmercantilizadoras, que nos alejen de la enloquecida búsqueda del beneficio individual y de la usura —marcan indeleblemente nuestras sociedades—, y habrán de perfilar, inequívocamente, herramientas de autodefensa.

DESPUÉS DE LA TRANSICIÓN ECOSOCIAL

En el escenario posterior al colapso lo suyo es que los movimientos por la transición ecosocial —llamaré así a aquéllos empeñados, entre otras tareas, en estimular la expansión de los espacios autónomos— busquen recuperar el viejo proyecto libertario de la sociedad autoorganizada desde abajo, desde la autogestión, desde la democracia y la acción directas, y desde el apoyo mutuo. Si se trata de identificar, de cualquier modo, algunos de los rasgos de esa transición ecosocial, y del escenario final acompañante, bien pueden ser, para empezar, los tres que siguen: la reaparición, en el terreno energético, de viejas tecnologías y hábitos, en un escenario de menor movilidad y de retroceso visible del automóvil en provecho del transporte público; el despliegue de un sinfín de economías locales caracterizadas por la descentralización, y el afianzamiento de formas de trabajo más duro que se desarrollarán, sin embargo, en un entorno mejor, sin desplazamientos, con ritmos más pausados, con el deseo de garantizar la autosuficiencia, y sin imposiciones empresariales ni explotación de por medio.

Otros rasgos serán la progresiva remisión de la sociedad patriarcal, en un escenario de reparto de los trabajos y de lucha denodada contra la pobreza femenina; una reducción de la oferta de bienes, y en particular de la de los productos importados y de la de los de carácter ostentatorio, en un marco de sobriedad y sencillez voluntarias; la recuperación de la vida social y de las prácticas de

apoyo mutuo; el despliegue de una sanidad descentralizada basada en la prevención, en la atención primaria y en la salud pública, con un menor uso de medicamentos; el asentamiento de fórmulas de educación/deseducación extremadamente descentralizadas; la apuesta por una vida política marcada por la autogestión y la democracia directa; una general desurbanización, con reducción de la población de las ciudades, expansión de la vida de los barrios y progresiva desaparición de la separación entre el medio urbano y el rural, y, en fin, una activa rerruralización, con crecimiento de la población del campo en un escenario definido por las pequeñas explotaciones y las cooperativas, la recuperación de las tierras comunales y la desaparición de las grandes empresas.

Cierto es que la irrupción de un proyecto de condición como la mencionada será cualquier cosa menos sencilla. A buen seguro que los restos de los poderes tradicionales harán lo posible, y lo imposible, para frenarla. Aunque antes he señalado que las instancias al servicio de esos poderes experimentarán previsiblemente un golpe muy duro por efecto del colapso, ello no quiere decir en modo alguno, claro, que vayan a desaparecer del escenario.

LA NATURALEZA HUMANA

Bien se entenderá que por detrás de propuestas como las que me acaban de interesar hay una disputa relativa a lo que acarrea la naturaleza humana. No faltarán, en otras palabras, quienes sostengan que nada de lo propuesto es realizable, y no tanto de resultas de la imposibilidad técnica que pueda arrastrar como por efecto de la condición de esa naturaleza. Aunque el argumento, ciertamente, no resulta desdeñable, sospecho que en buena medida es tributario de una visión, la dominante en nuestros días, que, secuela en buena medida del magma neoliberal, estima que las sociedades sólo progresan en virtud de la competición más feroz, del codazo más descarnado. No se trata, en modo alguno, de

discutir que esta dimensión, la de la competición, existe y tiene un ascendiente poderoso. Me contentaré con subrayar que en modo alguno da cuenta, en plenitud, de la condición del ser humano, muy a menudo vinculada con la lógica de la solidaridad y de la cooperación. En realidad estas dos últimas conductas están presentes también en muchas especies animales, como tuvo a bien recordárnoslo Kropotkin en un libro, *El apoyo mutuo*, que merece ser recuperado. En ese libro su autor, que fue, como es sabido, uno de los principales pensadores del anarquismo de finales del XIX y principios del XX, pero fue al tiempo un científico de renombre planetario, demuestra que hay muy numerosos y consistentes ejemplos de especies animales que progresan, precisamente, a través de la solidaridad y la cooperación.

Las cosas como fueren, tengo que sumarme a la idea de que, luego de siglos de capitalismo, de Estado y de sociedad patriarcal, no deja de ser sorprendente que la práctica cotidiana del apoyo mutuo permanezca viva, circunstancia que por sí sola obliga a concluir que la naturaleza humana es afortunadamente más compleja de lo que la innegable presencia del interés y la mezquindad, y su sustento hobbesiano, invita a deducir. Parece, de nuevo, que la idea de la desmercantilización tiene que colarse por fuerza en nuestras prácticas.

CAPÍTULO 7

CUATRO CONCLUSIONES

Incluyo en este capítulo final algunas reflexiones que en unos casos lo son sobre materias que he abordado ya —pero que, a mi entender, merecen un repaso— y en otros se refieren a cuestiones que, por unas u otras razones, he optado por dejar de lado.

1. No estoy particularmente interesado en defender "el anarquismo" como construcción ideológico-doctrinal. Me importan mucho más las conductas materiales que las etiquetas con las cuales decidamos describirlas. Y parto del firme convencimiento de que esas conductas son a menudo espontáneas, como lo demuestran de manera fehaciente tantas de las prácticas libertarias que han desplegado desde tiempo inmemorial muchos de los pueblos originarios en los cinco continentes. El ejemplo es tan poderoso que en un libro reciente, *Anarquistas de ultramar*, me he sentido en la obligación de defender lo que algunas activistas llaman "anarcoindigenismo" o, más aún, lo que en determinados círculos se describe como "anarcaindigenismo" o" anarc@indigenismo", una construcción mental y práctica que pretende entrelazar, hasta donde sea posible, y sin ínfulas de superioridad, el anarquismo, el indigenismo y el feminismo.

Si tengo que recoger algo de lo que acabo de señalar, confesaré que algunas de los *anarquistas* más consecuentes que he conocido no sabían que eran eso, anarquistas. Frente al anarquismo testosterónico que se revela de vez en cuando, estas personas de las que hablo no miran a nadie por encima del hombro, buscan abrirse a otras perspectivas heterodoxas, saben de sobra que

dentro del anarquismo hay una poderosa corriente comunista y, en fin, y por rescatar otro hecho, no desprecian a las creyentes de cosmovisiones religiosas. No me gustaría, aun así, que se malinterpretase lo que acabo de decir: nada tengo, muy al contrario, contra el anarquismo como construcción ideológico-doctrinal. Creo que sin las anarquistas realmente existentes, y sin el legado de las luchas de quienes las antecedieron, no resultará sencilla la construcción de un mundo libre e igualitario. Esa construcción tiene que depender también, por fuerza, y eso sí, de otras muchas adhesiones, de otras muchas personas y de otras muchas cosmovisiones.

2. Hace unos años se publicó en Francia un libro en cuyo propio título el autor subrayaba las semejanzas existentes entre la crisis de 1929 y la del momento actual. A buen seguro que este ensayista francés en modo alguno deseaba transmitirnos un mensaje tranquilizador. Conviene recordar al respecto que la crisis de 1929 estuvo en el origen del asentamiento de los fascismos en la Europa de la década siguiente y estuvo, si así lo queremos, en el origen de la propia segunda guerra mundial.

Tengo, sin embargo, la impresión de que el diagnóstico, la comparación, queda un poco cojo. Nos hemos acostumbrado a utilizar la palabra “crisis” en singular, para identificar la modulación financiera del fenómeno. Y a menudo olvidamos que hay otras crisis, ahora en plural. ¿En qué estoy pensando? En el cambio climático, que es una realidad que ya está aquí y que no tiene ninguna consecuencia saludable. En el agotamiento inevitable de todas las materias primas energéticas que empleamos. En los problemas demográficos que atenazan, en particular, a determinadas regiones del planeta. En la postración, material y simbólica, que siguen padeciendo tantas mujeres. O, en fin, y por dejar las cosas ahí, en la prosecución del expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres. Si cada una de esas crisis por separado es suficientemente inquietante, la combinación de todas ellas resulta literalmente explosiva.

¿Cuál es, a mi entender, el escenario de fondo de este debate? El capitalismo es un sistema que históricamente ha demostrado una formidable capacidad de adaptación a los retos más diferentes. La gran pregunta hoy es la relativa a si no estará perdiendo, rápida y dramáticamente, muchos de los mecanismos de freno que en el pasado le permitieron salvar la cara. Hay que preguntarse si, llevado de un impulso, al parecer incontenible, encaminado a acumular espectaculares beneficios en un período de tiempo muy breve, no estará cavando su propia tumba, con el agravante, claro, de que dentro de esa tumba estamos nosotras. Uno puede, y debe, criticar agriamente al capitalismo por entender que es un sistema injusto, explotador y excluyente. Pero convengamos que ha sido, al tiempo, un sistema razonablemente eficiente. Hoy ni siquiera esto es evidente. ¿Qué es lo que las gentes que se reclaman del neoliberalismo, o muchas de ellas, han hecho, cuando las cosas han venido mal dadas, luego de rechazar durante décadas todo tipo de intervención de los poderes públicos en la economía?: demandar las ayudas preceptivas de ministerios, consejerías y ayuntamientos. ¿Habrá algún retrato mejor de la pérdida de eficiencia general del sistema correspondiente?

La propia imprevisión que, la propuesta ecofascista aparte, muestra el capitalismo contemporáneo en lo que se refiere a los retos derivados de la crisis ecológica nos emplaza, en fin, ante la conclusión de que el sistema se adentra a marchas forzadas en una etapa de corrosión terminal que nos acerca al colapso. En el buen entendido, claro, de que el ecofascismo es, en sí mismo, una forma de colapso.

3. Años atrás, en una entrevista, me preguntaron con quién debía dialogar el mundo “libertario” y con quién debía establecer alianzas. No sin aclarar que, por razones obvias, no era yo la persona adecuada para responder a tan sesudas cuestiones, y dando por supuesto, con dosis ilimitadas de imaginación, que fuese el cerebro gris de una macroorganización libertaria, respondí como sigue. El mundo libertario, en primer lugar, debe dialogar con quien se preste

a ello, siquiera sólo sea por una doble razón fácil de explicar: no somos superiores a nadie, y de todas las personas se puede aprender. Más delicada es la respuesta a la segunda cuestión, por cuanto obliga a establecer una línea roja que por lógica debe ser infranqueable. A mi entender las alianzas deben forjarse con aquellas personas y organizaciones que creen en la autogestión y la practican, que son al tiempo conscientes de los retos que se derivan de un muy posible colapso general del sistema y que otorgan preeminencia a los derechos de las mujeres, a los de muchos de los seres humanos que viven en los países del Sur, a los de las generaciones venideras y a los de los miembros de las demás especies con las que compartimos el planeta. Aunque esta triple exigencia reduce sensiblemente el espectro de las afines, es difícil creer que estaremos a la altura de esos retos que acabo de mencionar si, también nosotras, renunciamos a principios elementales.

Agregaré algo importante: es más que probable que, de darse el caso, nuestros ancestros anarquistas o anarcosindicalistas recibiesen con cierto recelo la propuesta de construir espacios autónomos autogestionados. Acaso replicarían que en la época gloriosa del sindicalismo de combate su objetivo era, antes bien, y sin medias tintas, expropiar el capital. Hemos ido retrocediendo tanto que ese objetivo nos queda hoy, infelizmente, muy lejos. Pero es legítimo alimentar la idea de que esos espacios autónomos bien pueden convertirse en el germen de un proyecto más ambicioso. Al fin y al cabo su filosofía de fondo encaja a la perfección con una de las acepciones de un concepto, el de “propaganda por el hecho”, que esos ancestros que acabo de invocar empleaban con profusión. Lo que, en esa acepción singular, nos estaban diciendo es que, siendo muy respetable la tarea de organizar actos públicos, editar libros, difundir revistas y convocar manifestaciones, lo más interesante que podemos hacer es intentar trasladar nuestras ideas a la realidad económica y social, y demostrar al cabo que es posible construir un mundo distinto que el que ofrecen el capital y sus

miserias. Y ya que hablo de ancestros, otorgar a la gente mayor de hoy un papel protagonista en esa transición ecosocial de la que en su momento hablé parece una decisión inteligente. Sin desdeñar en modo alguno, por añadidura, la posibilidad de que, ante la conciencia de la proximidad del colapso, muchas personas comunes, que en otras circunstancias nunca se habrían acercado a un movimiento social de horizontes radicales, decidan sumarse a la tarea.

4. Conviene que tomemos nota de que en nuestras cabezas está claramente inserta la lógica, y con ella los principios y los valores, del sistema que queremos contestar. Muchas veces he sugerido que una diferencia fundamental entre la cosmovisión libertaria y las propias de lo que con alguna ligereza voy a llamar “izquierda tradicional” remite a esa discusión. Para la izquierda tradicional el problema mayor se resume diciendo: aquí estamos nosotras y ahí está el sistema; tenemos que demostrar que somos más numerosas y más fuertes que ese sistema contra el que luchamos. La percepción libertaria es parecida, en el buen entendido de que aporta un elemento adicional de relieve. Mal que bien nos dice: aquí estamos nosotras y ahí está el sistema que queremos echar abajo; tenemos que demostrar que somos, en efecto, más numerosas y más fuertes que ese sistema, pero nunca debemos olvidar que formamos parte indeleble de su realidad cotidiana, de tal suerte que esos principios y valores que antes invoqué influyen poderosamente en nuestra conducta. Difícilmente podremos salir nunca de ese circuito perverso si no somos conscientes de lo que significa. Nadie ha retratado mejor la trama correspondiente que Steve Biko, quien escribió que “el arma más poderosa al alcance del opresor es la mente del oprimido”.

El escenario es tanto más complicado cuanto que el sistema que padecemos exhibe una inquietante habilidad: la de conseguir que eludamos las preguntas realmente importantes. Propongo un ejemplo de lo que quiero significar: en un momento como el presente se nos dice que es preciso encontrar nuevas fuentes de

energía que nos permitan mantener, en su caso engordar, lo que hemos conseguido. La pregunta que se nos impide hacer es la relativa, claro, a si realmente nos interesa mantener lo alcanzado o, por el contrario, ganaríamos prescindiendo de muchos de sus elementos. Es el mismo tipo de razonamiento censor que promueve la propaganda del llamado “coche ecológico”, claramente encaminada a evitar que, antes de aceptar éste, nos preguntemos si precisamos coches: la industria automovilística dicta, desde el inicio, las reglas del juego al que nos vemos sometidos. Decide por nosotras.

Vuelvo al principio, a esa distinción entre “régimen” y “sistema” a la que en su momento me referí. Y lo hago con una doble vocación. Por un lado, la que me invita a recordar cómo aquellas materias que acarrean una discusión de fondo sobre la condición y las miserias del capitalismo quedan permanente proscritas mientras se nos invita a debatir, de forma anodina, sobre la epidermis de los problemas. Por el otro, y aun a sabiendas de que nunca seremos capaces de construir una sociedad perfecta —el propio concepto chirría—, bien está recordar que una buena manera de entrar en el terreno de juego es la que nos invita a pelear por la autogestión, la desmercantilización y la despatriarcalización de todas las relaciones.

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. EL ESCENARIO DE LA IZQUIERDA
CAPÍTULO 2. DEMOCRACIA, CAPITALISMO, ESTADO
CAPÍTULO 3. EXPOLIO DEL PLANETA Y SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA
CAPÍTULO 4. LAS TAREAS INMEDIATAS: LOS SEIS VERBOS
CAPÍTULO 5. EL HORIZONTE DEL COLAPSO
CAPÍTULO 6. LOS ESPACIOS AUTÓNOMOS
CAPÍTULO 7. CUATRO CONCLUSIONES